

CAPITULO XIV

DUELO EN EL MONASTERIO

14.1

Charcos helados y el campo cubierto de escarcha, eran clara muestra del gélido ambiente reinante. Bocanadas de espeso vapor surgían del interior de las capuchas de los nueve “penitentes” que descendían la cuesta camino del llano. Sobre ellos, un cielo totalmente despejado, y en el horizonte, los primeros rayos de Sol anunciando la inminente salida del astro.

A pesar de lo temprano de la hora, unos cuantos grupillos de mirones se distribuían por las inmediaciones del lugar elegido para el encuentro. A lo largo de los senderos que convergían hacia el monasterio, encaramados a sus tapias y sobre las murallas del castillo adyacente, o en la misma torre del homenaje y también a sus pies, donde se abría una de las puertas principales... en resumen toda la periferia de la explanada estaba salpicada de público. Eran trabajadores camino del cenobio, que se detenían curiosos por un instante, y otros que no laboraban allí mismo, sino que se habían acercado ex professo, y entre ellos podían verse incluso mujeres y niños.

El rumor de que un acontecimiento tan singular como aquel se iba a producir allí mismo y de que cualquiera podía ser testigo de él, era algo demasiado novedoso como para no ser tenido en cuenta. La noticia de un evento capaz de producir una agitación sensacional en sus monótonas vidas, estuvo corriendo de boca en boca durante toda la noche.

Algunos monjes y no pocos hermanos conversos, desoyendo la prohibición de las autoridades monásticas, quisieron ser igualmente espectadores de aquella micro batalla entre las fuerzas del Bien y las del Mal, aunque no supieran a ciencia cierta cual de las facciones representaba a cada una.

Del bando de los cruzados, sus cuatro compañeros no combatientes verían de lejos, desde el promontorio, el desarrollo de los acontecimientos. Por parte de los herejes, únicamente el Camarlengo del Conde, el tal Guillaume, situado sobre la azotea de la torre del homenaje, sería testigo del resultado de la liza, ninguna de las cuatro mujeres quiso presenciar aquel horror.

De camino hacia el palenque, Adrien y Ferdinand, un tanto adelantados al resto de la columna, conversaban en voz baja. El Mariscal exponía al templario sus más íntimos temores, tenía serias dudas de que lograsen vencer a sus enemigos, pero ya era muy tarde para volverse atrás:

- ¡Fray Adrien!, reza a todos tus santos que, mucho me temo, esta vez los vas a necesitar de verdad. ¡Tengo una sensación que no me gusta un pelo!- cuchicheó el capitán al templario.

Sus palabras surgían a través de su férreo embozo en un tono amortiguado y metálico que sin embargo no lograba disimular la torpe modulación con que las emitía debido a su lengua de trapo.

- ¡Puto borracho!- le contestó primero entre dientes, y luego, intentando soslayar el malestar que sentía por saberle ebrio, se dispuso el monje a ser más explícito- ¡Tú lo has dicho, ya no se puede hacer de otra forma! “La suerte está echada”, dijo el César, ¿no? ¡Confíemos en los nuestros, y sobre todo en nuestro Creador! ¡Hoy, de una forma u otra, vas a recuperar la Fe! ¡Te lo garantizo! Si mueres, porque te encontrarás en el mismo infierno, si sobrevives, porque serás testigo de nuestra milagrosa victoria.

Su voz, generada en el interior de aquel bote de hierro que le cubría la cabeza, se percibía como una cacofonía que la hacía aún más insondable y profunda.

- No sé qué hará tu Creador, pero a los nuestros los conozco y eso es lo malo, ahora me empiezo a dar cuenta en serio de que la ventaja numérica no nos sirve para nada. Sólo me fío de Richart, los demás... me temo que van a flaquear- le respondió Ferdinand.

- ¡Serás metecato! Si te oyen los jóvenes les conseguirás desmoralizar todavía más- dijo el templario tratando de persuadirle de que cambiara de actitud- ¡¿No alcanzas a comprender, estúpido pecador, que Dios está de nuestra parte?! Eso le quedará patente dentro de un rato a

todo el mundo. Una legión de ángeles, si es preciso, velará por nosotros y nos infundirá la fuerza y la lucidez necesarias. Verás como tus pupilos, Rimont, Marie,...- tampoco se atrevió a dar otros nombres- se batirán como auténticos leones. Y sin embargo, ellos no podrán amparar sus flaquezas en otro que no sea el inefable señor del mal, que nada puede contra nuestro “Valedor”.

Aquellas afirmaciones de un Adrien seguro de sí mismo y de tener de su parte la ayuda divina, amargaron aún más al capitán, que consideraba infantil el subjetivismo de su compañero. Pero por fortuna, al menos compartía con él la idea, ya deliberada horas antes, de que debían lanzarse los nueve al ataque, sin dar la menor licencia a sus enemigos, unos endemoniados a fin de cuentas, con los que no cabía el andar con cortesías manteniendo un duelo a la par de seis contra seis, como en otros casos sería de recibo. Era imprescindible contar con las espadas de Richart y de Rimont, ante la escasa capacidad combativa de Paul y Pierrot, la limitada de Marie y la dudosa de Bernard, de lo contrario podían encontrarse ellos dos solos luchando contra los herejes.

A pesar de sus zozobras, el Mariscal tuvo la entereza de volverse y gritar a sus subordinados:

- ¡Ánimo campeones, esto es pan comido!

Pero había dos matices en su dicción que el embozo no pudo disimular y a nadie pasaron desapercibidos. La trompa que llevaba encima el capitán era de escándalo, y la falta de confianza en sus propias palabras, absoluta.

El estado de ánimo del resto de integrantes de la columna, no podía ser más deplorable:

Bernard sentía un pavor tal, que temía no ser capaz de controlar sus esfínteres y hacerse todo encima de un momento a otro. Deseaba poder salir corriendo, pero sabía que a aquellas alturas era ya imposible.

Marie, más optimista, creía en la victoria, pero también notaba como el miedo la atenzaba las piernas, mientras un sentimiento de repugnancia ante la idea de tener que segar de nuevo la vida de otra persona, pese a que ésta fuera de semejante caletre, la revolvió el estómago.

“Aristo” percibía el castaño de sus dientes y la tiritona que agitaba su cuerpo, y prefería pensar que era el frío lo que le producía ambos, aunque en su fuero interno se sabía aterrado. Y eso que su conciencia se le antojaba deslindada de la realidad. Entre su estado de somnolencia y su embriaguez alcohólica, le daba la impresión de moverse en medio de un sueño, pareciéndole no ser él quien controlaba sus piernas sino más bien flotar sobre ellas. Suponía que a sus familiares y amigos les pasaba otro tanto. Tan pronunciado resultaba su grado de alienación, que ni siquiera llegaba a hacerse sus habituales planteamientos morales sobre la bestialidad y necedad de esa guerra, o de cualquier otra guerra.

Paul se encontraba completamente invadido por un miedo atroz capaz de retorcerle las entrañas. Y es que no solamente temía por su propia integridad física, también por la de los suyos, sobre todo por la vida de su pareja. Deseaba estar en esa ocasión a la altura de los demás, pero le parecía algo inalcanzable, no sólo le daba pánico enfrentarse salvajemente a otros hombres, sino además lastimarlos de forma tan brutal. ¿Qué estaba haciendo él allí, en medio de aquella pesadilla? ¡Qué broma del destino!, haber condicionado su nacimiento de aquella terrible manera, haciéndole demasiado sensible al dolor e inútil a la violencia, a la par que obligándole a ejercer aquella indeseable profesión por ser hijo de quien era.

“Manosrápidas” caminaba avergonzado, el considerado más valiente de los jóvenes, no había conseguido retener sus excreciones, quizás más por problemas digestivos que por pavor, y ahora caminaba sintiendo aquella molestia en su calzón. Temía que sus compañeros pudieran darse cuenta y fuera desmoralizante para ellos, lo de menos que en algún momento de su incierto futuro pudiera ser objeto de alguna burla. La paradoja consistía en que tal vez fuera uno de los que más dominaba su espanto, pues tenía muy asumidos los riesgos y rudezas de su profesión, en la que estaba obligado a jugarse la vida luchando contra otros hombres hacia los que no sentía animadversión alguna, pero a los que tenía el deber de combatir y vencer. Su sólida Fe le reconfortaba en el sentido de no esperar de la muerte otra cosa que la gloria eterna en el Cielo. Si tenía la desgracia de quedar lisiado e inútil para su ocupación, y a causa de ello no llegaba a contraer matrimonio con su prometida, sabía a qué iba a dedicar el resto de sus

días, sin duda a la vida religiosa, y ese era otro motivo de aliento.

Jacques, tan atemorizado como los demás, avanzaba ensimismado tratando de llevar lejos sus pensamientos en un intento de eludir la percepción del momento presente. Recordaba a sus padres y hermanos, con cuanta ilusión le habían bendecido para que tomase el camino de las armas que tanto le atraía, en contra de la tradición familiar. Deseaba que su padre pudiese estar algún día orgulloso de él, y que nadie pudiese criticarle nunca el amor prohibido que sentía por el hijo de su patrón.

Richart fue el único que se apercibió del problema de Rimont, pero, por primera vez en su vida, sintió una especie de cariño por su compañero lejos de que aquello le sirviera como motivo de personal vanagloria o de chanza. En ese cálido sentimiento se concretaba la sensación entrañable de unión con aquellas ocho personas que caminaban delante, aunque ciertamente abrigase más aprecio por unas que por otras. En estos momentos se consideró parte integrante de aquella especie de familia, ¡por fin una familia a la que querer o por la que ser querido! ¡Que nadie se la tocara!

Alcanzaron por fin la explanada cuando el disco solar ya era completamente visible. Aún no habían salido los enemigos y, por un momento, la esperanza de que éstos no apareciesen avivó el ánimo de algunos.

Pero no, la puerta bajo la torre del homenaje se abrió y por ella desfilaron los seis guerreros fugitivos, entre ellos el hospitalario envuelto en su manto negro. Los corazones pegaron un respingo.

El Mariscal dispuso a sus hombres en dos filas mientras aguardaban la aproximación de sus adversarios. Delante los seis caballeros, detrás los dos escuderos y el sargento, como para hacer creer a los herejes y al público, que iba a respetar la paridad y el rango en el duelo, en contra de su verdadero propósito, ya de todos los suyos conocido.

Los enemigos desfilaron en silencio hasta llegar a unos quince pasos de la doble fila formada por los cruzados, allí se detuvieron formando una línea paralela a las que tenían enfrente. Previamente se habían desembarazado de sus mantos, que doblaron y depositaron en el suelo muy por detrás de donde pensaban desplegarse.

Los francos podían ahora observar cara a cara a sus por tanto tiempo perseguidos enemigos, a los que resultaba fácil reconocer a pesar de sus yelmos. Tenían allí delante, de izquierda a derecha, al viejo Otto, a uno de los espigados sobrinos del Conde, exactamente el llamado Jean, aunque los cruzados ignorasen en ese momento cual de los gemelos era, luego al propio Gerard de Almir, y a continuación al pequeño castellano llamado Martín, al otro sobrino, Michel, y finalmente, al monje de la Orden del Hospital, fray Bermudo.

Éste se había situado en un extremo probablemente por evitar un enfrentamiento directo con el templario, que estaba en el centro de la línea de cruzados, pues sin duda ambos veían con cierta repugnancia el combatir con otro religioso, por más que profesasen en Ordenes distintas.

Los católicos, poco a poco, empezaron a abandonar su posición para despojarse también del estorbo del capote. Y al volver a sus líneas, algunos cambiaron la colocación que en un principio les asignara el capitán, contradiciendo sus mandatos. Ello fue debido sobre todo a que Bernard, queriendo evitar a todo trance la posibilidad de luchar contra su hermanastro, se situó en el extremo izquierdo de su frente, buscando al oponente que en principio parecía más fácil, el anciano germano con pata de palo, cuyos largos bigotes blancos asomaban por la ventana de su almófar, el guerrero que fuera su maestro hacia la friolera de unos veinte años. Ferdinand lanzó una furibunda mirada hacia el hidalgo occitano, pero prefirió no decir nada, pues reparó en que tal vez no fuera muy desacertada la medida.

De este modo, la colocación final de los cruzados fue la siguiente: Bernard en el extremo izquierdo y, a continuación, Paul, Adrien, Ferdinand, Marie y por último, a la derecha del todo, Pierrot. Detrás Jacques, Rimont y Richart, en ese orden.

Una vez ubicados todos, ambos grupos de adversarios se mantuvieron en silencio, observándose y estudiándose mutuamente.

Aunque su ventaja numérica continuaba siendo una baza importante para la victoria, ya ninguno de los guerreros católicos podía sonreír evocando la gracia que les hiciera la primera descripción que, por boca de aquel peregrino y de Bernard, tuvieron de sus enemigos en

aquellos, que ya parecían lejanos, principios de Septiembre.

La pata de madera del anciano no les infundía ninguna jocosidad, ni tampoco la supuesta pubertad de aquellos gigantes gemelos, ya hombres completamente desarrollados y más altos que el propio Adrien, ni siquiera la escasa estatura de Martín, pese a ello de talla superior a Marie y encima mucho más fornido que cualquiera de los Flambó.

Algunos de los cruzados francos llevaban consigo, desde el principio, una idea un tanto optimista de sus posibilidades, y ésta conjetura se había visto reafirmada tras sus fáciles triunfos en el forzamiento del puente sobre el Garona y en el encuentro con los forajidos de Monrepós.

En realidad contaban sólo con dos guerreros de peso, el Mariscal y el templario. También eran dignos de tenerse en cuenta la pericia, fuerza y valor del mercenario Richart, pero no se podía ignorar el hecho de que utilizase una armadura de calidad ligeramente inferior a la de los caballeros. Respecto al arrojo, ímpetu y destreza del escudero Rimont, resultaba evidente la merma que en esas virtudes provocaba su escasa experiencia.

Pero parecía utópico otorgar un valor similar al de los guerreros fugitivos a los otros cruzados. El hermanastro del Conde de Almir disponía de un excelente equipo, pero su falta de práctica en auténticos combates cuerpo a cuerpo, así como su ausencia de coraje e incluso valor, presagiaban una actuación calamitosa. En cuanto a los Flambó, dotados los tres de las mejores armas y armaduras, su juventud, su menguada maestría, la ausencia absoluta de combatividad en los dos varones, y la pequeña envergadura de la muchacha, anunciaban una efectividad francamente escasa. Terminando con Jacques, éste era el más inexperto de los jóvenes y encima el peor protegido de todos, siendo su habilidad con las armas muy limitada. Rechazó la posibilidad de vestir el clíbano de Charles, que aún conservaban, por parecerle una prenda muy obsoleta y más pesada que la suya, aunque varios la considerasen más tenaz.

En resumen, el panorama en su conjunto no era nada halagüeño para los francos.

También los defensores de herejes examinaban concienzudamente a los perros católicos. Como ellos, habían pasado toda la noche en vela, orando y ultimando sus armas y avíos defensivos y, del mismo modo, unos pocos tuvieron que recurrir al vino para templar sus atribulados espíritus. Pero las horas de uno y otro grupo fueron muy diferentes. Mientras unos se helaban a la intemperie, pese a sus fogatillas, los otros pudieron disfrutar ininterrumpidamente del calor un espléndido hogar, mientras que aquellos bebían sin moderación, salvo algún caso, los segundos lo hacían con mesura.

El Conde tuvo mucho tiempo para meditar la decisión a tomar. Podía haber dispuesto una nueva fuga aprovechando la oscuridad, soslayando la palabra dada a sus enemigos y el ferviente deseo de sus sobrinos y caballeros de batirse con sus perseguidores para vengar a sus allegados muertos en Almir, pero, tras evaluar cuidadosamente la situación, decidió quedarse.

Sabía que en el duelo del día siguiente sus enemigos no se iban a atener a las reglas de Caballería y tendrían que luchar contra todos los que estuvieran presentes, tanto si hubieran sido veinte como quinientos, mas conocía el número exacto de cruzados a través de la información obtenida de los monjes, tan sólo nueve. Especuló sobre la apariencia de aquellos francos, y estuvo de acuerdo con la impresión de sus compañeros, salvo dos o tres de ellos de aspecto relativamente temible, el resto era de lo más corriente.

Fray Bermudo, optimista, pensaba que salvo que contaran con ayuda del propio diablo, estaban perdidos de antemano. Igual imaginaban sus sobrinos, pero eran demasiado jóvenes e impetuosos como para ser tenida en cuenta su opinión, la del jactancioso Martín tampoco era digna de ser tomada muy en serio, mas la del viejo y experimentado Otto o la del flemático monje hospitalario, sí que le importaban.

En cuanto a las mujeres, todas deseaban que eludiese el combate y volvieran a escapar. El Conde, un tanto supersticioso, solicitó a la hechicera, estando a solas con ella, le proporcionara algún juicio de valor que le ayudase a escoger, y ésta se limitó a decirle simplemente, con la circunspección que la caracterizaba, que evitase la lucha, pero que si se decidía a enfrentarse a ellos y les vencía, fuera todo lo compasivo que pudiera, pues el corazón le decía que las almas de aquellos francos no eran tan negras como cabía esperar viniendo de donde venían.

Aquella solicitud de clemencia por parte de la pagana, consiguió aumentar aún más la

confianza en la victoria del noble occitano, que, por otra parte, ya había tomado prácticamente la decisión de acudir a la cita del día siguiente.

Y allí se encontraban, poco después de la hora prima, los dos grupos de guerreros frente a frente, separados por apenas catorce o quince pasos.

Ferdinand, muy nervioso, paseó rápidamente por delante de los suyos para comunicar a cada uno instrucciones de última hora, así como repartir frases o palmadas de aliento con las que desearles suerte al tiempo que le podían servir como último adiós. Primero recorrió la línea de atrás, encargando al oído de los dos escuderos mientras les abrazaba y hacía ademán de besar, que, tras el empujón inicial, corrieran a sostener a Paul y a Marie; y luego al sargento, al que obsequió con las mismas muestras de afecto, que tratase de envolver el extremo donde se encontraba el más peligroso de los enemigos, el monje hospitalario, al tiempo que socorría a Pierrot.

Después se pasó por la primera línea empezando por Bernard, al que volvió a recusar con la mirada tras detenerse frente a él. El hidalgo occitano se excusó entre dientes:

- ¡No quiero batirme con mi hermano!

Era la primera vez que oía a Bernard utilizar esta palabra para designar al Conde de Almir. Sin negar la hipótesis de que pudiese restarle algún residuo de cariño hacia su hermanastro, el capitán comprendía que, conocedor de la soltura que tenía con las armas su pariente, quisiese eludir el enfrentamiento directo con él. Otro tanto, pero por motivo inverso, le debía suceder al jefe de los herejes, no debía tener demasiados deseos de matar al odioso traidor a causa de la sangre que compartían.

Ferdinand no le abrazó, pero sí le otorgó un cariñoso apretón en el hombro, disculpando al altivo caballero la falta de valor demostrada al buscar como adversario al viejo cojo.

A continuación se despidió de Paul abrazándole con la misma ternura que lo habría hecho con su propio hijo. Un abrazo con fuertes palmadas le sirvieron para creerse que se congraciaba con el templario, el monje por supuesto no le rechazó, pero tampoco le correspondió.

Terminó sus demostraciones de cariño estrechando entre sus brazos primero a Marie y después a Pierrot, empleando con ellos la misma efusión que la vertida sobre el primogénito de los Flambó.

Cuando terminó, y tras recoger del suelo su maza y escudo, se reintegraba a su puesto en el centro de la línea, en el hueco entre Adrien y Marie. De sus ojos manaban lágrimas a raudales, mientras comprendía, pese a su borrachera, que llevaba a aquellos nobles e inocentes muchachos a la muerte.

Nadie a ciencia cierta supo si su abatimiento se debía a su estado de embriaguez o, por el contrario, éste era producto del intento de sepultar sus penas en vino a lo largo de la noche. El caso fue que oír sus sonoros sollozos desmoralizó aún más a la mayoría de sus hombres y dio alas a sus enemigos.

El Sol no lograba de momento subir la temperatura, que continuaba siendo gélida, así que manos y pies se mantenían entumecidos, mientras que en el resto del cuerpo el relleno del gambax la hacía más soportable.

Se produjo un silencio sepulcral durante unos instantes. Algunos cruzados podían escucharse el castaño de sus dientes y también el leve rumor metálico que se desprendía de las armaduras, de la propia y de las de sus camaradas más próximos, a causa del irresistible temblor de músculos provocado por la combinación de frío y miedo.

El ritmo cardíaco y la respiración se aceleraban, las piernas parecían aflojarse, un vacío creciente se iba apoderando del estómago y ciertos movimientos intestinales muy molestos les hacían temer por una próxima evacuación, viéndose alguno asaltado en el último momento por problemas similares a los de Rimont. Eran síntomas de la angustia que les producía el terrible acontecimiento que aguardaban.

Sólo Adrien parecía imperturbablemente sereno, enfrascado en la oración, rezando interminables series de letanías.

Una recia voz adornada con tintes metálicos por partir del interior de un almófar, rasgo

el aire terminando con el tormentoso silencio.

- ¡¿LA NOBLEZA DE VUESTRA CAUSA LA QUERÉIS DEMOSTRAR MEDIANTE UN JUICIO DE DIOS DE NUEVE CONTRA SEIS?!- preguntó gritando a los cruzados católicos el Conde de Almir, y a continuación se dirigió a los suyos exclamando- ¡Esta es la ética de los caballeros francos y la justicia de la Iglesia romana a la que sirven!

- ¡NO!- contestó tajante Ferdinand tomando la palabra en nombre de su grupo- ¡NO SE TRATA DE UN DUELO ENTRE CABALLEROS PORQUE VOSOTROS NO LO SOIS! ¡OS HABEIS PUESTO DEL LADO DE LOS “APÓSTOLES DE SATÁN”, Y COMO HEREJES, NO COMO CRISTIANOS, OS TRATAMOS!

No estaba muy convencido el Mariscal de la nobleza de su proceder, ni por supuesto del argumento esgrimido, pero esa debía ser la respuesta “oficial”, y ya estaba completamente descartado el ponerse romántico y enfrentarse caballerosamente con ellos, habida cuenta de que a pesar de su superioridad numérica no tenían las cosas nada claras.

- PERO OS PODRÍAIS EVITAR ESTE AMARGO TRAGO SI QUISIÉRAIS CONDE... BASTARÍA CON ENTREGARNOS LA SAGRADA RELIQUIA QUE INDEBIDAMENTE CUSTODIAIS, PARA QUE VOLVIERA A SUS LEGÍTIMOS DUEÑOS, LOS MINISTROS DE LA IGLESIA CATÓLICA. NOSOTROS OS DEJARÍAMOS DESPUÉS IR EN PAZ- voceó Adrien presa de una lucidez momentánea y queriendo evitar el baño de sangre.

- LA RELIQUIA Y OTRA COSA QUE TAMPOCO OS PERTENECE: EL TESORO QUE ACUMULARON VUESTROS OBISPOS FRAUDULENTAMENTE- se apresuró a añadir el Mariscal que, pese a su estado de aturdimiento, no podía olvidar lo más importante.

- ¡ANDA QUE ES FINA LA TAJADA QUE LLEVAS ENCIMA, MAMÓN!- le replicó gritando uno de los sobrinos del Conde.

- ¡ME VAIS A CHUPAR LOS HUEVOS TÚ Y EL PUTO TEMPLARIO!- agregó, bajándose un poco el embozo para que ningún impedimento distorsionase su mensaje, el insolente y deslenguado castellano al servicio de Gerard de Almir.

Aquellas escandalosas respuestas al intento de negociación de los cabecillas francos, que inmediatamente degeneraron en una lluvia de injurias emitidas por los dos bandos, dieron al traste con la última posibilidad de haber evitado la lucha, impidiendo al Conde el evaluar aquella propuesta como punto de partida de una posible negociación. La arrogancia e insolencia de sus propios hombres, junto con sus enormes ganas de venganza, terminaron por calentar el ambiente dando pie al inevitable y temido encuentro armado.

Al tiempo que se infamaban mutuamente, empezaban ya a blandir las pesadas mazas para calentar el brazo, golpeando con ellas sobre sus propios escudos, exhibiendo toda una suerte de actitudes que constituían un rito muy primitivo, previo al combate, con el que se pretendía aterrorizar al adversario.

La rabia contenida era grande en los francos, pero infinitamente menor que la que portaban los sufridos caballeros de la Casa de Almir ante la vista de los “asesinos de sus parientes y amigos”, aquellos destructores de su país y de su hogar que les habían obligado a huir hacia tierras extrañas. Sus gritos de insulto y amenaza, por surgir de lo más hondo de su ser, resultaban mucho más pavorosos que los de los católicos, a fin de cuentas una mera fachada.

Para los cientos de testigos que a esas horas contemplaban la escena, deseando en el fondo que se apresurasen a iniciar el “espectáculo”, pues sus obligaciones no podían demorarse por más tiempo y además hacía un frío que pelaba, no dejaba de tener cierta comicidad el ver a aquellos quince grotescos personajes vestidos de hierro, insultándose mediante palabrotas, además de incomprensibles para ellos, indescifrables, dado el timbre ahogado, cavernoso y metálico con que eran emitidas al tener que traspasar yelmos y embozos de malla.

Pero el momento fatídico no se hizo esperar por más tiempo, Ferdinand gritó con todas sus fuerzas la señal de ataque:

-¡CONDE FLAMBÓ!

-¡FLAMBÓ!- corearon siete de sus compañeros al unísono, entre ellos el hidalgo occitano y el sargento, pero no así el templario.

Esté se limitaba a recitar su “Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da

gloriam”.

Inmediatamente dio respuesta el defensor de la causa de los “Buenos Hombres” a aquel grito de guerra, invocando su propio apellido:

-¡CONDE DE ALMIR!

-¡ALMIR!- bramaron con energía los cuatro guerreros del Languedoc, el hospitalario oraba en silencio.

Entonces, mientras ambos grupos arrancaban a la carrera para embestirse, resonó también el viejo grito de guerra de los francos enunciado por Marie:

-¡MONTJOIE!

Fue repetido con fuerza y sentimiento por sus camaradas, pero resultó ahogado por el ensordecedor estruendo de los escudos al chocar.

14.2

En el encontronazo, Marie, mucho más ligera que el joven Michel, salió despedida, cayendo al suelo de espaldas. Rimont, que llegaba por detrás, esquivó hábilmente el bulto de la muchacha y consiguió a duras penas contener el empuje del espigado gemelo. También Pierrot había salido volando al impactar con fray Bermudo, pero al menos consiguió mantenerse en pie. Su lugar fue inmediatamente ocupado por Richart que se las vio y deseó para no ser arrollado por el hospitalario. Paul y Jacques, gracias a la rápida carrera del escudero, lograron compenetrarse y chocar a la vez contra el otro gemelo, Jean, que retrocedió unos pasos ante la presión combinada que soportaba. El Conde de Almir aguantó muy bien el empujón del templario; siendo aquel considerablemente más bajo, no había sin embargo gran diferencia de peso. Tampoco el Mariscal consiguió derribar a Martín a pesar de su muy superior volumen. Y en cuanto a Bernard, su sueño de hacer caer al inestable anciano, se esfumó desde el primer momento.

Marie se las agenció para levantarse ágilmente del suelo, a pesar del estorbo de la armadura, pero lo hizo sin su yelmo que se le había salido por estar mal atado a la cota. Comprobando la rotura de una de las correas, prefirió no perder tiempo en ponérselo de nuevo, además consideraba adecuada la protección proporcionada por la capucha de malla y la cofia, librándose encima del estorbo de aquel repelente cilindro. “Sin él lucharé mejor”. Se incorporó de nuevo a la línea en ayuda de “Manosrápidas”. Y otro tanto había hecho ya Pierrot en apoyo del sargento.

Durante los primeros segundos, la lucha parecía consistir en un forcejeo con los escudos. Estos rechinaban por el roce de unos con otros ante la presión a que se les estaba sometiendo. Se elevaban sin perder un momento el contacto, mientras sus dueños intentaban evitar que el contrario descargase un golpe desde arriba. Cuando estaban en lo más alto, volvían a bajar para cubrirse el abdomen y las piernas ante el peligro de que el golpe viniese desde abajo. Empujaban todos con brío buscando hacer perder el equilibrio al contrario- o contrarios- sin lograrlo. La línea permanecía estática tras lograrse un precario equilibrio, y es que el miedo que se tenían los guerreros, hacía que se demorase el verdadero combate.

Por fin, alguien decidió zafarse de su contrincante, rechazó su pavés mediante un vigoroso impulso con el propio y, echándose hacia atrás para separarse un tanto, descargó el primer golpe de maza. El impacto retumbó en la silenciosa explanada señalando el inicio de la brutal liza.

La maza era un arma enrevesada. Básicamente un mango en cuyo extremo se disponía una pesada cabeza de forma generalmente cilíndrica o esférica, erizada de puntiagudos picos o dotada de aletas afiladas como cuchillas que la conferían un mayor poder de penetración. Su uso contra peones indefensos o mal protegidos era mortífero, un solo toque podía bastar. Pero frente a guerreros dotados de buenas defensas tenía un empleo más profuso: menguar la eficacia de éstas destrozando sus paveses, desbaratando sus armaduras al rasgar las mallas de la cota o al desprender las placas del clíbano, lograr el agotamiento del enemigo antes de que llegara el propio y, si se presentaba la oportunidad, conseguir abatirle mediante uno o varios golpes certeros.

En un momento se generalizó un combate feroz, lanzándose unos a otros violentos mazazos contra los escudos contrarios, soltando el golpe y cubriéndose inmediatamente con el propio para aguantar la respuesta segura del contrincante.

En un principio parecía mantenerse una frágil estabilidad entre los contendientes. Bernard y el viejo Otto se sostenían a la par, Paul y Jacques se batían desahogadamente contra su gemelo y aún mejor lo hacían Marie y Rimont, que no daban tregua al hermano de aquel. En el centro, el templario se maravillaba de la energía y destreza del Conde, que estaba demostrando ser verdadera su fama, y el Mariscal no comprendía como aquel “enano” podía soportar sus pavorosos golpes y devolvérselos con tal saña.

Pero en el extremo donde se encontraban Richart y Pierrot, las cosas no iban bien. A duras penas lograban entre los dos mantener a raya al poderoso monje del Hospital. Combatía con maestría y bravura inigualables, castigando sin tregua a los dos cruzados, que no lograban coordinarse en la lucha, estorbándose mutuamente más que otra cosa. Tal vez fuera el alcohol que llevaban en el cuerpo, sobre todo el sargento, o la superior velocidad de éste sobre el Flambó, que provocaba un cierto desequilibrio de esfuerzos.

Se produjo aquí el primer revés en el bando de los católicos. El caballero y el sargento mercenario se entorpecieron de tal manera que llegaron a chocar entre sí, y el guerrero hospitalario, con una enorme astucia y rapidez, sacó partido de la situación, se revolvió por detrás de ellos y descargó un eficaz mazazo sobre el hombro izquierdo de Richart. La malla y el gambax amortiguaron el golpe, pero las cuchillas del arma hicieron eficazmente su trabajo, al retirarse rasgaron el sobreveste y la malla del lorigón, y extrajeron buena parte del algodón del relleno, que quedó a la vista.

Richart retrocedió unos pasos mientras Pierrot ponía todo su ímpetu en tratar de alcanzar al endiablado Bermudo antes de sufrir una suerte parecida a la de su compañero. El joven Flambó abatió la maza con energía, pero su veloz oponente se apartó hacia un costado mediante una hábil maniobra haciendo que aquel perdiese el equilibrio debido a su propio impulso y terminase cayendo de rodillas. El hospitalario no perdonó la oportunidad, su potente brazo, como un resorte, hizo descender la pesada y afilada maza sobre la cabeza del muchacho.

El arma aplastó el yelmo y su cimera, atravesó el relleno, la malla de la capucha y la cofia de cuero, también el moño formado para recoger sus espesos y largos cabellos, y acabó haciendo un profundo y largo corte en su cuero cabelludo, pero, milagrosamente, allí se detuvo sin llegar a partirle el cráneo. La inmediata intervención de Richart rechazando a Bermudo, evitó que éste intentase recuperar la maza para volver a herir a su víctima. Bien al contrario, el monje reculó al tiempo que se veía obligado a desenvainar su espada para contener al sargento.

El mercenario arrojó entonces con destreza y energía su maza contra el escudo del monje, como treta para que, al clavarse, le dificultara su uso por sumarse ambos pesos, el del pavés y el del arma, e inmediatamente tiró de espada a fin de seguir manteniendo las distancias con su peligroso enemigo. Sin embargo, fray Bermudo pudo desenganchar la maza de su oponente con un simple toque de su acero.

“Aristo”, entre tanto, se sentía morir, notaba el frío del metal penetrando su cabeza y, al mismo tiempo, como un líquido caliente se derramaba por ella. La abundante sangre que manaba de la herida le cegó la visión rápidamente. Continuaba de rodillas y a ciegas tanteaba el mango de la maza intentando quitársela, pero, comprobando que estaba demasiado incrustada, desistió de ello. Tampoco se pudo quitar el yelmo, pues éste, la capucha de mallas y la cofia, habían quedado encajados unos con otros.

El pánico le invadió por completo, se levantó y anduvo a ciegas un tramo, tambaleándose como un borracho. Finalmente se volvió a arrodillar y esperó, procurando resignarse y encomendando su alma a Dios, la llegada de la muerte liberadora. No sentía dolor, pero sí estaba muy asustado, las lágrimas resbalaban de sus ojos mezclándose con la sangre.

En el exterior de su yelmo, la feroz liza continuaba, los golpes de maza retumbaban salvajemente mientras iban arruinando poco a poco los escudos, desgarrando la capa exterior de cuero, machacando los refuerzos de hierro, astillando el alma de madera... Mientras, los petrificados espectadores obtenían lo que estaban esperando, ver colmados sus deseos de

curiosidad y morbo. Tanto ellos como los guerreros, habían sido testigos del infortunio sufrido por el caballero cruzado.

A sus compañeros se les había helado el alma y hundido la poca moral con la que iniciaran el combate, el valor e incluso la fuerza se les escapaban por momentos, en la misma medida que los guerreros herejes se sentían crecer y hacerse dueños de la situación. “Bicho” hizo ademán de abandonar la línea para ir a socorrer a su primo, pero Ferdinand, que se dio cuenta de sus intenciones a tiempo, la interpeló de inmediato con un rotundo “¡NO!”, nadie debía desentenderse de la lucha acudiendo en su auxilio o estaban perdidos. El capitán pensaba que si la maza había profundizado demasiado, era inútil intentar extraérsela, incluso contraproducente, y, en caso contrario, podía muy bien esperar.

De sus cuatro compañeros no combatientes, espectadores de la batalla, el único que reaccionó lanzándose a la carrera por la falda del cerro al ver la desgracia de Pierrot, fue Ibeloki. Lorent, demasiado ebrio y aterrorizado, no fue capaz de dar un paso. Tampoco lo dio Soraya, conmovida por la suerte del muchacho, pero ajena a cuanto ocurría y totalmente ignorante sobre la forma de ayudarlo. Y qué decir del padre Johannes, interiormente satisfecho porque sus plegarias hubieran sido escuchadas.

La respuesta de los occitanos en toda la línea, estaba inclinando la balanza a su favor, llevando ahora los cruzados católicos la peor parte de la liza. Richart sostenía a duras penas la presión de fray Bermudo batiéndose a espada con él. Rimont y Marie, habían visto como su enemigo, el gemelo Michel, unos momentos antes a punto de caer rendido, les hacía ahora frente con toda impunidad. En el centro, tanto el Mariscal como el templario continuaban sin vencer a sus respectivos oponentes, el castellano y el Conde de Almir, y para colmo estos, habiéndoles perdido del todo el respeto de un principio, ya no se limitaban a defenderse.

A la izquierda de ellos, el panorama también se empezaba a deteriorar por momentos: Paul y Jacques estaban cediendo terreno ante el empuje del joven Jean, y Bernard, que no se exponía para nada, retrocedía de forma apreciable ante el fiero anciano con pata de palo, por el que parecían no haber pasado los años para desconsuelo de aquel.

Consciente de la comprometida situación de sus compañeros, sobre todo de los situados a su izquierda, Adrien reaccionó haciendo uso de toda su energía y pericia, arremetiendo contra el jefe de los cátaros con una ininterrumpida serie de mazazos, hasta que consiguió sortearle y obsequiarle con un fenomenal golpe en el costado, al tiempo que se escurría por su espalda en dirección hacia su sobrino Jean. Éste, concentrado en sus dos oponentes, no se apercibió de la maniobra del monje templario hasta notar el tremendo impacto de la maza en su cabeza. Otto si se dio cuenta del peligro e inmediatamente se puso en guardia contra la nueva amenaza, abandonando el acoso a su presa, el hermanastro de su patrón.

El templario no pudo hacer mucho más, ninguno de sus tres compañeros de la izquierda colaboró en su acometida, bien al contrario, al sentirse libres de presión se replegaron hacia atrás dejándole solo. Pero gracias a su ataque, aprovecharon para hacer lo que ellos el resto de los guerreros, rompiendo el contacto en toda la línea. Ambos grupos retrocedieron unos pasos y Adrien les imitó.

Aquella táctica imprevista, había provocado una especie de tregua de la que todos los contendientes estaban necesitados. Los dos bandos trataban de tomar aliento un instante mientras evaluaban la situación. La lucha duraba tan sólo unos diez minutos, pero habían sido suficientes para dejarles exhaustos.

Jadeaban tratando de recuperar el aliento, retirados algunos yelmos, desabrochados los embozos de capuchas o almófares, tosían y escupían las flemas arrancadas a sus pulmones. Desembarazados de la carga del escudo y la maza, sacudían los brazos para aflojar los agarrotados músculos.

Podía verse al Conde como si le faltase la respiración al tiempo que se apretaba su costado izquierdo, parecía que el porrazo recibido le hubiera partido alguna costilla. También estaba tocado su sobrino Jean, que aprovechó para desencajarse y quitarse el abollado casco, un hilillo de sangre brotaba a través de la malla de su capucha. Sin duda el mazazo del templario le había abierto una brecha de consideración, pero era obvio que había tenido mucha suerte, el

golpe no fue demasiado contundente.

Salvo estas excepciones, el resto de los herejes presentaba un aspecto mucho más fresco que el de los combatientes católicos.

Estos miraban hacia atrás y veían a Pierrot, que andando a ciegas se había retirado a una distancia como de cincuenta pasos. Estaba arrodillado y la maza seguía clavada en su yelmo. Pudieron ver también al valiente pajecillo, que llegaba corriendo hasta él con intención de ayudarlo. La sensación que les producía ver a su pariente y compañero en ese estado era angustiosa, se les juntaba, en único sentimiento, terror, rabia y una inmensa pena. Marie y Paul, los más afectados, lloraban en silencio, la primera tratando de contener las lágrimas, el segundo, en la intimidad de su cerrado yelmo, del que no se molestó en despojarse.

Era evidente que el tiempo muerto acordado tácitamente por ambos grupos de combatientes, se debía agotar con rapidez. El Mariscal fue consciente de la gravedad de la situación, seguían siendo ocho contra seis, pero estaban perdiendo la partida.

Ni el templario ni él, las mejores espadas de su bando, habían conseguido derrotar a sus particulares adversarios, y ahora bastaba observar la actitud de los componentes de cada clan para comprender hacia quien se inclinaba la balanza: Los cruzados, superiores en número, formaban una especie de cuña, con Ferdinand y Adrien en el vértice, manteniéndose el resto de los guerreros replegados tras ellos, como si buscasen la protección de sus dos campeones. En cambio, los seis herejes se extendían en semicírculo a su alrededor.

Sus enemigos parecían rodearles, y esta anómala situación hundió más en la zozobra al capitán. Y también el templario se dio cuenta del peligro que suponía ese reagrupamiento, pues podían llegar a estorbarse los unos a los otros, así que empujó con fuerza a Paul que chocó contra Jacques estando a punto de hacerle caer.

- ¡NO OS JUNTEIS TANTO!- gritó el monje.

- ¡SEPARADSE, COJONES!- repitió Ferdinand emulándole, al tiempo que apartaba con su brazo a Marie.

La muchacha desplazó a Rimont y éste a Richart.

Algunos habían aprovechado para cambiar de arma, trocando la maza por la espada, que besaban en su hoja al ser desenvainada. Ese cambio solía provocar a veces una imitación del adversario que deseaba evitar quedar en desventaja frente al primero, ya que el uso de la espada lograba aumentar la distancia de combate. No todos cambiaron su arma en ese momento, pero para los que así lo hicieron, supuso un considerable alivio por el peso algo menor de ésta.

Fueron los herejes, ya aviados y listos para volver a la carga, los que tomaron la iniciativa de reanudar la lucha atacando al grito de "Conde de Almir". Esta vez los francos, bastante desmoralizados, ni siquiera contestaron con el suyo.

Chocaron de nuevo los hierros con fragor espantoso. Volvían a resonar los formidables golpes de las mazas, y ahora también los espadazos, sobre los escudos, que aparecían cada vez más desportillados y tajados. A veces chocaban las hojas de acero en el aire produciendo estridentes percusiones, y en ocasiones, a pesar del escudo, la rapidez del ataque o su insospechada trayectoria hacía inevitable recibir el impacto directamente en el cuerpo, sufriendo los luchadores dolorosas magulladuras a pesar de la armadura y su relleno.

No se había originado cambio alguno en los emparejamientos, pero por momentos se iba difuminando la línea de frente de manera que los combates parciales de parejas o tríos se veían cada vez más diseminados.

Adrien continuaba combatiendo con el Conde y Ferdinand con Martín. A la derecha de éste, Rimont y Marie hacían lo propio contra Michel, y Richart con Bermudo. A la izquierda del templario, Paul y Jacques hacían frente a Jean, y Bernard se mantenía luchando con el anciano.

Al poco de comenzar la segunda parte de la refriega, las cosas empezaron a estropearse para los cruzados de forma alarmante. El hidalgo occitano retrocedía ostensiblemente ante el vigor del viejo Otto, que le castigaba sin tregua. En el otro extremo, el sargento comenzaba a dar muestras de fatiga, agotado por el complicado duelo que sostenía con el monje hospitalario. A pesar de su herida en la cabeza, el gemelo Jean se batía titánicamente contra los dos amantes, repartiendo más leña de la que recibía. Tampoco la pareja formada por Marie y el escudero conseguían doblegar al peligroso Michel, aunque se mantenían firmes contra él. Ferdinand, que

en condiciones normales hubiese derrotado con facilidad a Martin aunque sólo fuera por su superior tamaño, se veía incapaz de deshacerse del castellano, y es que el consumo inmoderado de vino, e incluso el sueño y el frío soportado durante la noche, estaban pasándole factura.

La única esperanza que les restaba a los católicos era el resultado favorable de la liza entre el Conde y el templario. Adrien mantenía en jaque al jefe de los herejes que tenía grandes dificultades para defenderse debido al dolor de su fractura. Su resistencia estaba llegando al límite y parecía cuestión de un momento el que el monje le aniquilase y pasara a batirse con otro enemigo, socorriendo al compañero que en mayores apuros estuviese.

Pero tristemente para los cruzados francos, la reyerta no iba a durar mucho más, los acontecimientos se precipitaron en un instante.

Richart, exhausto tras un combate épico contra el más formidable de cuantos caballeros allí estaban, comenzó a bajar la guardia. Un despiste del sargento a la hora de cubrirse, fue aprovechado por el hospitalario para lanzar una estocada con la punta de su espada hacia el lugar más vulnerable del cruzado, aquella parte de su armadura desbaratada antes por las cuchillas de la maza. El terrible impacto de la hoja fracturó su clavícula, y aunque pudo en última instancia desviar aquella alzando su escudo, la punta terminó por desgarrar totalmente el lorigón a la altura del hombro. Un pequeño corte en su carne tiñó las mallas y el relleno de rojo, haciendo más evidente que el guerrero estaba seriamente tocado.

El sargento aguantó estoicamente el dolor, pero se le hacía muy difícil seguir soportando el peso del escudo. Fray Bermudo buscaba ansiosamente volver a herir a su contrario en el mismo lugar y explotar así el destrozo ocasionado en la cota, y no tardó en conseguirlo. El sargento, rápidamente debilitado, volvió a cometer un error en la defensa y el monje hospitalario descargó desde arriba y de forma fulminante un tremendo espadazo sobre el hombro de aquel. La afilada hoja penetró profundamente a través de la malla rota hasta hundirse completamente en el cuerpo de Richart. La monstruosa herida hizo que el sargento dejara caer el escudo y la espada, y a continuación, cuando el monje tiró para sí de su arma con objeto de recuperarla, se derrumbara quedando tendido en el frío suelo.

Bermudo no se entretuvo en rematarle sino que se dirigió rápidamente a socorrer a su jefe, al que había observado pasando verdaderos apuros ante los insistentes y certeros mazazos del templario. La lucha entre los dos monjes fue así inevitable. Adrien, extrajo y besó su espada y pidió perdón al Señor.

La triste desdicha ocurrida al mercenario Richart, disparó al instante el inicio de una serie de calamidades encadenadas unas a otras, que en breves momentos llevarían a la desastrosa derrota de los cruzados.

Ferdinand, al escuchar a su derecha el horrible chasquido producido por la espada de Bermudo, el apagado lamento del sargento y su inmediata caída, se volvió para mirar un instante, disminuyendo la atención sobre su enemigo el tiempo suficiente como para que éste le enviase un peligroso mazazo. El Mariscal hubo de inclinarse hacia atrás considerablemente para evitarlo, y la mala fortuna hizo que resbalara en alguna piedra aún cubierta de escarcha. Cayó de nalgas y en seguida se cubrió el cuerpo con el pavés en espera del inminente golpe, pero no se percató de que apoyaba su cuerpo sobre el antebrazo derecho, exponiendo la mano con la que hasta el momento había blandido su arma. El grueso guante y el brazalete se le habían descolocado lo suficiente como para dejar al descubierto su muñeca. El castellano no desaprovechó la oportunidad que se le presentaba, hizo descender la maza con la velocidad del relámpago sobre la desprotegida mano de su enemigo, y el tajo de la cuchilla correspondiente la seccionó totalmente del brazo.

El capitán de los cruzados se levantó horrorizado del suelo, sujetándose el muñón por donde escapaba un chorro de sangre. Martín, lejos de darle tregua, estaba dispuesto a terminar con su vida, y abatió de nuevo su arma sobre el infortunado franco dándole esta vez en la espalda, sin lograr ahora ocasionarle demasiado daño gracias a su compacta loriga. Ferdinand, viéndose perdido, intentó escapar. Salió corriendo perseguido por su enemigo y de sus labios salió un grito de desesperación:

- ¡Piedad!

Aquellos funestos sucesos y la huida de su líder, fue la gota que desbordó el vaso, los

cruzados se hundían moralmente.

Pero todavía Marie y Paul, reaccionando al unísono, no dudaron en abandonar la lucha para correr a salvar la vida de su maestro. Su rápida acción les permitió alcanzar inmediatamente al castellano que hubo de revolverse contra ellos olvidándose de su presa, mas habían dejado solos a los escuderos Rimont y Jacques en su lucha contra los descomunales gemelos.

El primero comenzó a sufrir un buen castigo, recibiendo el doble de lo que era capaz de devolver, pero peor suerte aún iba a tener “Torpón”.

Uno de los golpes de Jean resultó tan descomunal, que incrustó su maza en el escudo de Jacques sin conseguir luego extraerla, por lo que se apartó un momento para desenvainar la espada. El escudero católico, apesadumbrado y desorientado por todo lo que estaba pasando, también extrajo la suya tras lanzar instintivamente su maza contra el escudo del enemigo, sin tener la destreza o la suerte necesaria para que se hincara en él, sin embargo olvidó deshacerse al instante de la que había clavada en su pavés.

Todas las ventajas en aquel duelo a espada iban a ser del gemelo, no sólo era más diestro con ella, también tenía un brazo más largo y una masa muscular superior a la del franco. Éste debía cubrirse con un escudo cuyo peso estaba incrementado considerablemente.

Jean pensó que si las condiciones de aquella contienda hubieran sido otras, habría tenido la generosidad de dar una tregua a su enemigo para que retirase la maza clavada, pero no podía ser así, en aquella lucha sin cuartel cualquier rasgo de caballerosidad estaba de más, ya lo acababan de demostrar los cruzados católicos.

Paul y su hermana, a duras penas contenían al impetuoso Martín, de manera que ninguno de ellos pudo desentenderse de aquel combate para ayudar a alguno de los escuderos. “Manosrápidas” retrocedía ante el empuje de Michel. El templario combatía titánicamente contra el hospitalario sustituto del agotado Conde. Y el hermanastro de éste, iba a tirar la toalla de un momento a otro, apabullado por el viejo sajón.

Jacques, cansado, se cubría cada vez más desmañadamente de los peligrosos mandobles del sobrino del Conde hereje, hasta que llegó la estocada fatal. El gemelo extendió su brazo una vez más y su contrincante no tuvo tiempo de cubrirse. La aguda punta de la espada penetró profundamente en su garganta tras romper la malla del almófar. El escudero no disponía bajo éste del collarín de cuero que quizás hubiera podido detener el arma.

Se desmoronó agonizante, desangrándose rápidamente al tiempo que se asfixiaba.

Paul volvió la cabeza al presentir otra desgracia a su espalda, y viendo a su amigo caer, lanzó un alarido de desesperación, arrojó su arma y escudo, y abandonó el combate para precipitarse en socorro de su amado. No fue consciente en absoluto de que dejaba sola a su hermana, ni de la amenazadora presencia del gemelo, que mantenía su espada levantada sin decidirse a abatirla de nuevo sobre su adversario para rematarle, o bien sobre el inesperado enemigo que dando lastimeros gritos se había arrodillado junto el malherido.

Jean estaba petrificado viendo la escena que se desarrollaba a sus pies. Ya había acabado con la vida de algunos guerreros en su corta vida militar, y esas veces le había asaltado un sentimiento de intensa desolación, pero nunca pudo imaginar que aquellas inmundas proezas pudiesen generar un dolor semejante en otra persona. Lógicamente, él no era después testigo del tormento padecido por los seres que amaban al hombre cuya vida acababa de segar. Ahora se estaba enterando, porque aquel joven de voz afeminada que clamaba al cielo por la vida del caído, sin duda le amaba de verdad. Una mueca de llanto que afortunadamente disimuló el embozo, afloró violentamente en su rostro mientras un nudo en su pecho le dificultaba la respiración, su contrincante se moría rápidamente, y el amigo que le asistía parecía privado de sus sentidos. “¡¿Qué coño había hecho?!”.

Aquello era el final.

Marie fuera de sí, había arrojado su escudo al suelo, y manejando su espada con ambas manos atacaba furiosamente a Martín en un gesto suicida de desesperación, sin atender siquiera a la previsible respuesta del castellano.

La muchacha descargó con toda la energía que le restaba y sin interrupción, una docena aproximada de golpes sobre el escudo o la armadura de su adversario, con tal rapidez que no le dio opción al contraataque. El paladín hereje aguantaba pacientemente los dolorosos golpes sabiendo que su oponente se agotaría rápidamente, y entretanto, observaba mientras podía los esplendidos ojos verdes- demasiado bellos- arrasados por las lágrimas del exasperado “caballero”.

Un extraño sentimiento de piedad, prácticamente desconocido para él, se iba apoderando del castellano. Le disgustaba en extremo pensar que en breve mataría a aquella persona que le golpeaba con furia.

Cuando Martín intuyó que el “cruzado” había llegado al límite de sus fuerzas, se descubrió astutamente ofreciendo un blanco fácil para que su adversario intentase descargar el golpe definitivo. “Bicho” picó ingenuamente el anzuelo ofuscada como estaba, alzó la espada y la abatió tratando de cortar en dos al hereje.

Éste se apartó ágilmente hacia un lado al tiempo que se revolvía, empujaba y zancadilleaba a su “enemigo”, que cayó inevitablemente de bruces. Inmediatamente le puso el pie en la espalda para evitar que pudiera levantarse y situó la punta de su acero justo encima del codo de su contrincante. Presionó fuertemente con el arma sobre la nuca de aquel, hasta llegar al punto que adivinaba le bastaría un pequeño esfuerzo adicional de su brazo para hacer saltar las mallas de la capucha y apuntillarle irremisiblemente terminado al instante con su vida. Pero el castellano se detuvo compasivo:

-¡Ríndete hijo de puta!- increpó Martín al “caballero” vencido.

-¡Matadme! ¡Matadme!, ¡no me importa ya nada!- pedía la muchacha con congoja, mezcladas las palabras con amargo llanto y pronunciadas con tal aflicción que llegaron a conmover el duro corazón del aquel guerrero.

En el otro extremo de la línea, Otto había llegado a castigar tanto al hermanastro traidor que éste ya ni intentaba devolver algún golpe para compensar los muchos que recibía. Se arrodilló en el suelo y, cubriéndose con el escudo hecho trizas, empezó a suplicar misericordia a su adversario. Finalmente el sajón se apiadó del que un día había sido su discípulo y camarada, y aceptó su rendición. Bernard le hizo entrega de sus armas y quedó sentado a la espera, ajeno a cuanto sucedía, llorando desconsolado por su suerte y dolorido por la paliza que le proporcionara el anciano. Por fortuna para él, ninguna de sus lesiones era importante.

Otto llevó la espada del vencido a su caudillo, y, sin darse un segundo de reposo, acudió a apoyar en lo que pudiera al monje hospitalario, que se batía ferozmente con el templario.

El Conde de Almir, seriamente lastimado por el mazazo recibido, contempló el desolador panorama que, para el bando de los católicos, presentaba el campo de batalla:

Allá lejos, uno de los francos continuaba de rodillas, con la maza clavada en su yelmo que un criado intentaba extraer. Un poco más cerca, el capitán de los cruzados, tumbado boca arriba, se agarraba el muñón del brazo derecho tratando de contener la hemorragia. En primera línea, a su izquierda, un enemigo, muerto o muy gravemente herido, yacía desplomado. A continuación podía observar a su sobrino Michel, luchando aún con otro de los católicos al que por las apariencias apenas le quedaban fuerzas para mantenerse en pie. Detrás de estos dos, se apreciaba que Martín mantenía a otro adversario pegado al suelo, sujetándole con su pie y la punta de la espada. A su frente presenciaba como fray Bermudo se batía contra el monje templario, mientras Otto le apoyaba hostigando a éste por la espalda. Más a la derecha, otro cruzado, agachado, sostenía en sus brazos, dando muestras de desesperación, a uno de sus compañeros que agonizaba, mientras su sobrino Jean, estremecido, les miraba con consternación. Por último se fijó en su odioso hermanastro, sentado y con la cara enmarcada por sus manos, parecía estar hundido en la mayor de las amarguras.

La patética estampa que ofrecían los cruzados francos, convenció al Conde de que era el momento de dar por terminada aquella carnicería:

- ¡DETENEOS! ¡PARAR LA LUCHA! ¡Esto se acabó!- gritó a sus hombres.

Tuvo que repetir la orden varias veces para que empezaran a hacerle caso. Primero se detuvieron Bermudo y Otto, dándole así un respiro al templario que empezaba a perder terreno.

Luego lo hizo Michel, volviéndose enojado hacía su tío.

- ¡Todavía no hemos terminado con ellos!

- ¡He dicho que se acabó! Ya tienen bastante.

- Pero, ¿cómo podéis decir que tienen bastante tío?! ¡Son los exterminadores de nuestros padres, de nuestros amigos!... ¡Han arrasado nuestras tierras y nuestro hogar!... ¡Deben morir aquí todos!- la voz de Michel se quebraba por la emoción.

- ¡No!, ¡te equivocas! No han sido éstos mismos, aunque militen en el bando de esos perros. En sus ojos no brilla la perversidad que pude ver en los de los desalmados que asolaron nuestro país. Estos sólo son un grupo de cretinos y niños a los que algún “lumbera” ha enviado tras nosotros, y su propia necedad les ha conducido hasta aquí y les ha hecho sacrificarse inútilmente.

- Creo que tenéis algo de razón, Gerard- comentó Otto- Estamos en condiciones de comportarnos magnánimamente, y encima sacar ventaja de ello tomándoles prisioneros y pidiendo el rescate de rigor por su libertad. Aunque tengo mis dudas sobre que alguien quiera pagar por ellos, desde luego no el que les ha mandado venir.

- No amigo Otto, no los vamos a tomar prisioneros. Más si cabe que por lo que tú apuntas, por el hecho de que tenemos que abandonar este país lo antes posible y ellos solamente iban a ser un estorbo para nosotros. Somos fugitivos, no lo olvides, ¿a dónde se supone que nos tienen que enviar el dinero del rescate? No sabemos donde acabaremos parando. Además, ese de ahí- termino diciendo el Conde mientras señalaba con su maza al templario- no se va a rendir. No quiero más sangre. ¡Marchémonos de aquí! ¡Se acabó!

- Entonces nos contentaremos con sus armas y sus lorigas- replicó el guerrero castellano al tiempo que dejaba libre a su presa y recogía del suelo la espada de ésta.

- ¡No cojáis nada Martín!- solicitó el noble occitano a su caballero.

- ¿Qué decís? Las armas de los vencidos nos corresponden. Siempre ha sido así y siempre lo será. ¡Es lo menos que nos podemos llevar de aquí!

- ¡Te digo que no las cojas! ¡Deja esa espada! Nada de esta gente nos hace ninguna falta y sólo nos iba a servir de estorbo, un peso más a transportar- el castellano parecía reacio a obedecer y su jefe insistió- ¡Hazme caso Martín!, les demostraremos que no somos como ellos.

- Pero hemos ganado esas armas tío. Ha sido un combate duro y limpio por nuestra parte, son nuestras- añadió Michel apoyando el empeño de Martín.

- Sí, tenéis razón, son nuestras ahora, pero nosotros se las vamos a ceder a ellos, para que cuando vuelvan a su tierra no hablen tan mal de nosotros, para que el recuerdo de este día no les sea tan amargo- le respondió el Conde, y agregó aún más- Hemos vencido a los enviados del “Lobo”, el perro de presa del malvado Papa de Roma, pero si no somos capaces de vencer al Mal más peligroso de todos, el que llevamos dentro de nosotros mismos, de nada serviría esta victoria. El enemigo ahora es nuestra propia codicia y vanagloria. ¡Hermanos hacedlas frente! ¿Puedes con las tuyas Martín?

El caballero castellano, aunque de mala gana, arrojó la espada de Marie de nuevo al suelo y después advirtió a su jefe:

- ¡Espero que no os equivoquéis y tengamos algún día que arrepentirnos de haberles perdonado la vida y devuelto las armas!

- Al menos deberíamos obligarles a que juren por Dios no volverlas a utilizar contra nosotros- solicitó el viejo sajón.

- ¿Y le das valor alguno a su juramento?- le respondió el Conde esbozando a continuación una sarcástica sonrisa.

Gerard de Almir no quiso continuar con la polémica. En lugar de ello se arrodilló por un instante para alabar la Gloria de Dios y darle gracias por la victoria, terminó agachándose para besar el mismo suelo. Sus hombres, salvo Martín y el petrificado Jean, le imitaron.

Después los herejes recogieron sus equipos desperdigados y sus mantos, y se dispusieron a abandonar la explanada. Cuanto antes lo hicieran, antes llegarían los monjes a socorrer a los heridos, y sin duda alguna el propio Conde y los suyos se habrían dedicado a este menester de haber faltado esa escogida asistencia.

El joven Jean, bastante afectado por la contemplación de la agonía de su adversario y el sufrimiento abrumador que aquello provocaba en el compañero de éste, sin acertar a hacer o

decir otra cosa, se limitó a balbucear un “lo lamento”, a modo de despedida, cuando Otto le tiró del brazo para alejarlo de allí. Su breve expresión sonó francamente sincera.

El Conde de Almir se paró un momento a la altura de su hermanastro y le observó con desprecio. Bernard, que seguía sentado en el suelo, no se atrevió a alzar la mirada. Dio la impresión de que el aristócrata hereje pensaba decirle algo, pero finalmente optó por callar y restituirle la espada rendida tirándosela a sus pies.

Los seis hombres se marcharon del campo dejando tras de sí a los humillados cruzados que formaban una patética escena, tirados por el suelo, ensangrentados, abatidos... Los protectores de herejes se alejaban en silencio, dejando atrás el murmullo de lamentos, llantos y plegarias de los católicos.

Sólo el templario permanecía en pie. Rimont, derrotado por el agotamiento y la pesadumbre, estaba acurrucado como un ovillo, mientras rezaba abrazado a la cruz simbolizada por su espada.

Adrien no se consideraba vencido, por supuesto agradecía el que sus dos adversarios hubiesen abandonado la pugna, puesto que se encontraba realmente cansado, pero lo había tomado como una especie de nueva tregua momentánea. Escuchó la conversación de sus enemigos sin prestarle demasiada atención, como si se tratase de algo que no le afectaba, mientras aprovechaba a tomar un respiro.

Lógicamente se dio cuenta de que solamente él quedaba en pie, todos sus compañeros estaban moribundos, heridos, rendidos o desfallecidos de cansancio, pero en su opinión el combate no había llegado a su fin, ¡él podía continuar luchando!

Por eso, cuando vio con sorpresa que sus enemigos se marchaban, entendió que la liza había terminado en una especie de empate, en tablas, porque, al menos en cuanto a él respecta, nadie le había sometido. Si aceptaba aquel final, era en consideración a sus familiares y compañeros, que necesitaban una pronta atención, y no por otra cosa.

Pese a sus quiméricas consideraciones, los legítimos vencedores se retiraban tranquilamente, sin mirar atrás. Satisfechos por la aplastante victoria pero sin manifestar su alegría de forma bulliciosa, como habría celebrado cualquier grupo de guerreros, empezando por el de los derrotados francos, un triunfo semejante.

Aquella muestra de madurez no era corriente, parecían no estar demasiado orgullosos de su repugnante tarea por eficaz que ésta hubiera sido.

Volvían al monasterio cansados, llenos de magulladuras, el Conde y su sobrino Jean con lesiones, importantes en el caso del primero, los paveses destrozados, las mazas y espadas melladas, los sobrevestes rasgados... signos todos ellos de que su triunfo no había sido gratuito. La mala suerte de los cruzados católicos y, sobre ella, su penoso estado físico debido a los factores ya conocidos, se habían aliado con la superior experiencia y mayor fortaleza que, salvo algunas excepciones, poseían los caballeros herejes.

Antes de que llegaran a la entrada de la torre del homenaje, se abrieron sus puertas y salieron corriendo a recibirlos tres de sus compañeros de fuga, Geneviève, que se abrazó llorando a su marido, y los dos empleados, Guillaume y Jordana, la dama de la Condesa, que felicitaron efusivamente a los otros guerreros. La “perfecta” y la pagana continuaban dentro.

Sin embargo, las autoridades del cenobio, que también salían con dirección a la explanada, les saludaron muy fríamente, no podían perdonarles que hubiesen seguido adelante con el duelo y encima lo sostuvieran en las mismas puertas de aquel sagrado lugar, para colmo en sábado, día amparado, como la sexta feria y el domingo, por la “Tregua de Dios”, haciendo caso omiso de la petición del Abad.

Éste en concreto, tras meditar largamente durante la noche, sobre las palabras y comportamientos de uno y otro grupo, empezaba a sospechar que algo de lo contado por el monje templario pudiera ser cierto. Al cruzarse con el Conde de Almir, se detuvo frente a él y le inquirió:

- Habéis desobedecido mi orden. ¿Tenéis algo que decirme en vuestro descargo?

El noble occitano no respondió, se limitó a mirar al cielo mientras frotaba su maltratado costado.

- ¿Tal vez tenéis algo que darnos,... una cosa que quizá no os pertenece?
- No tengo nada que deciros, sino que me perdonéis. Tampoco nada que daros, exceptuando las gracias por habernos hospedado. Por supuesto seremos generosos con vuestro monasterio- Le respondió por fin el Conde.

- Podéis guardaros vuestra limosna, presiento que es dinero manchado. Y os ruego que, a más tardar mañana a prima, abandonéis esta Casa y no volváis a ella sino es con el propósito de enmendaros, restituir lo que no es vuestro y hacer penitencia.

Tras esta breve conversación, el Abad dejó paso a los herejes, que se dirigieron hacia la hospedería, mientras él, seguido de un nutrido grupo de monjes, conversos y siervos, marchaba hacia el lugar de la lucha para asistir al maltrecho grupo de cruzados católicos.

Terminado el sangriento espectáculo, la mayor parte del público se había dispersado en dirección a sus quehaceres, pero algunas personas quizás menos atareadas, sobre todo mujeres y mozalbetes, se acercaron hasta el mismo terreno de la hecatombe con ánimo de saciar su macabra curiosidad viendo de cerca el resultado físico de aquellos terribles golpes de maza y espada que eran capaces de atizarse mutuamente los bárbaros hombres de armas por algún oscuro motivo que casi nadie alcanzaba a entender.

Entre aquellos fisgones no faltaba quien se aproximaba con el principal propósito de poder adueñarse de algún objeto de valor, y las armas lo eran en grado sumo, ampliando así su patrimonio, o al menos llevarse cualquier cosa que pudiera servir como recuerdo. Pero también había personas de gran corazón cuyo único anhelo era socorrer en la medida de sus posibilidades a aquellos desgraciados.

De los primeros en llegar fueron el padre Johannes y Soraya, que no se habían atrevido a moverse hasta ver retirarse a los herejes, y aún entonces lo hicieron con bastante aprehensión ante el horror con el que se iban a encontrar. Lorent, cuya presencia junto a los caballos era imprescindible, no pudo acercarse a auxiliar a sus compañeros a pesar de lamentar profundamente su suerte.

Un sentimiento diametralmente opuesto al del capellán, que apenas podía disimular su alborozo. “¡Estaba tan satisfecho con que Dios hubiera escuchado sus plegarias!... Precisamente eran los más descreídos y pecadores los peor parados: el Mariscal, Richart, el sodomita de Jacques... La Justicia del Altísimo era implacable, Su Dedo había señalado precisamente a los más viles”.

La Fe del clérigo se acrecentó en aquel momento hasta hacerle sentir miedo: “¿Y si él incurría también en la cólera divina?” Le hubiera bastado al padre Johannes el pararse a pensar en por qué motivo la Justicia Divina había permitido vencer a sus peores enemigos, los herejes, los “discípulos de Satán”, para disipar sus temores y entender que algo se le podía estar escapando... Tal vez Dios, si existía, amaba por igual a todas sus criaturas y no era su intención premiar a unas castigando a otras, sino que todo su anhelo consistía en que llegaran a reconocerse las unas a las otras como hermanas, como hijas de un mismo Padre...

Ibeloki tuvo que esforzarse a fondo para conseguir desencajar la maza del yelmo de Pierrot. Una vez logrado, tampoco resultó fácil el retirar una a una las diversas capas de protección, casco, capucha y cofia, hasta dejar al descubierto la cabeza del joven. La herida tenía un feo aspecto, un corte profundo y largo, pero no parecía que hubiese afectado al cráneo. Sin duda la mata de pelo, ahora teñida de sangre, que formaba su abundante melena recogida bajo la cofia, había también ayudado a frenar el avance de la cuchilla, además la hemorragia parecía estar remitiendo.

El dueño de la maza, fray Bermudo, tuvo la delicadeza de no parar a recuperar aquella. Podría alegarse que tampoco se entretuvo en auxiliar al herido, pero bien es verdad que sabía, como el resto de sus compañeros, que en cuanto abandonaran el campo, dispondrían los heridos de una ayuda más cualificada proporcionada por los monjes. Aquella misma tarde el propio Ibeloki se la restituiría llevándosela a la hospedería.

Por Jacques no había nada que hacer, el capellán le administró la extremaunción, pero ya había fallecido. Afortunadamente para él, su agonía había sido muy breve. Paul, fundido al cadáver que mantenía entre sus brazos, lloraba desconsoladamente...

14.3

Unos minutos después de retirarse del campo los guerreros herejes, estaba organizado el auxilio a los maltrechos cruzados. Colaboraban en el, bajo la dirección del Abad, el paje de los francos, su capellán, la esclava Soraya, el propio Adrien, un considerable número de monjes, hermanos conversos y siervos, y también unos cuantos espectadores de la ordalía. Marie, Rimont y Bernard, magullados, agotados y confusos, bastante tenían con mirar por sí mismos.

El monje enfermero y sus ayudantes asistían a los heridos más graves. Aplicaron un torniquete en el brazo de Ferdinand para detener del todo la hemorragia. El capitán de los cruzados acaba de perder el conocimiento debido a la pérdida de sangre y al intolerable dolor.

Apenas había sentido molestias físicas en el momento del corte, pero rápidamente aquellas se convirtieron en insoportables, mas no superiores al sufrimiento moral que padeció durante los breves minutos que transcurrieron hasta su desmayo, durante los cuales le asaltaron, sumándose, el profundo pesar por la evidente derrota de la que se consideraba culpable, su mutilación, y la terrible vergüenza de saber que todos habían sido testigos de su humillación y cobardía. Por fortuna, sus tribulaciones duraron poco.

Taponaron el espantoso tajo del cuerpo de Richart, aún vivo, pero sobre el que no se albergaba ninguna esperanza. Su herida era profundísima y podía haber afectado a un órgano tan importante como el pulmón, no obstante la pérdida de sangre no era tan caudalosa como para provocar su rápido fallecimiento.

También se procedió a cubrir la aparatosa lesión de Pierrot.

El Abad había decidido acogerles dentro de los muros del monasterio, no sólo porque ese fuera su caritativo deber, sino también como compensación a la injusticia cometida la víspera con los cruzados al negarles alojamiento o cualquier tipo de ayuda.

Así es que dispuso el traslado de los tres heridos a la enfermería. El difunto Jacques sería transportado a la Abadía para su velatorio, y al resto de los francos se los conduciría a las dependencias del mismo claustro, ayudándoles a transportar sus pertenencias. Quería impedir cualquier tipo de contacto entre los cruzados y los herejes, por ello se evitó el alojarlos aquel día en la hospedería. Así mismo fueron enviados algunos conversos hacia donde esperaba Lorent, con el encargo de apoyarle en la operación de introducir las cabalgaduras en los establos del cenobio.

La escasa concurrencia aún presente acabó por dispersarse puesto que su ayuda era ya innecesaria, y los que se acercaron con propósito de hacerse con algún material vieron frustradas sus pretensiones, toda vez que la diligencia de los monjes en recogerlo todo hizo imposible tal asunto. Las armas, escudos, mantos y otros enseres fueron retirados, sin olvidar la mano seccionada del Mariscal.

La mayor parte de los francos, descontentos los heridos, se dirigieron inicialmente a la iglesia para rezar por sus pecados. Allí estaban Adrien, Marie, Bernard y Rimont acompañados por el padre Johannes, orando todos de forma muy ferviente, convencidos de que sus faltas eran la causa directa del descalabro. No en balde el capellán les había amenazado con ello, y como la casualidad, el destino, o quién sabe qué, había querido que fuesen precisamente los más pecadores los que llevaran la peor parte, el castigo de Dios, a su entender, no podía ser más claro.

Todavía peor, el hidalgo Bernard llevaba la cuestión aún más lejos imaginando que la bruja compañera de los herejes podía tener algo que ver en su fracaso, ¿habría empleado alguna mala arte contra ellos?

Paul no se hallaba en el templo pues seguía junto a su amado, que estaba siendo en ese momento amortajado en el claustro. Su cuerpo desnudo fue cuidadosamente lavado con agua de la fuente que allí manaba, cosida su herida, selladas sus fosas nasales y boca, ungida su piel con bálsamo, para terminar cubriéndolo con mortaja y no con su atuendo militar, ello por exigencia del prelado. Cuando acabaron de prepararlo para la inhumación que tendría lugar al día

siguiente, fue conducido sobre una parihuela al inacabado templo y depositado junto al altar.

Para entonces, Adrien había marchado ya a la enfermería para estar presente en las curas de sus compañeros, y hacia allí se dirigieron también Bernard y Rimont, puesto que necesitaban se les aplicara algún alivio en sus múltiples contusiones. También Marie precisaba atenciones, pero prefirió quedarse junto a su afligido hermano, velando al difunto Jacques. Además esa era una buena excusa para evitar que fuera descubierta su identidad sexual, sus ligeras lesiones, unos cuantos hematomas y erosiones, podían esperar para otro momento. Tampoco Paul requería curas urgentes.

La enfermería era un barracón provisional de madera dividido en varias estancias. En una de ellas se instaló a los heridos más graves, Ferdinand y Richart, ambos inconscientes. Tras ser desvestidos de sus armaduras y lavadas sus heridas, fueron tumbados sobre unos camastros sin que se tuviese mucha esperanza por sus vidas, pues la gravedad de aquellas no permitía esperar otra cosa que el fatal desenlace, en concreto parecía inminente la muerte del sargento. Para empezar, se procuró en los dos casos frenar la pérdida de sangre, estando previsto a continuación el proceder a coser las terribles incisiones.

Con los escasos medios de que disponían y los exiguos conocimientos del enfermero, apenas había otra cosa que rezar, sin duda el remedio en que más confiaban, puesto que absolutamente todo estaba en manos de Dios. Sí Éste no los amparaba, Richart fallecería en breve y Ferdinand le acompañaría en unos días.

En una sala contigua se atendía a Pierrot que, recostado contra una pared, soportaba medio conmocionado fortísimos dolores. Pero su estado no revestía un peligro inminente, todo dependía de cómo evolucionase su herida una vez cosida, o de si el golpe le hubiera provocado algún daño interno.

Mientras, aguardaban su turno los otros tres compañeros allí ya presentes, el templario, el escudero Rimont y el hermanastro del Conde hereje. Se encontraba igualmente en el recinto Ibeloki, al que se le había permitido echar una mano a los monjes, sobre todo para ayudarles a manipular con desenvoltura las armaduras.

Sin embargo a Soraya, por su condición femenina, que aún nada sabían de su orientación religiosa, se le había negado el paso, de modo que esperaría fuera. Mas no tardó mucho en estar acompañada, pues el padre Johannes, convencido de que no podía hacer otra cosa por sus compañeros que dedicarles las escasas oraciones ya rezadas- “demasiadas para las que en realidad merecían”-, prefirió disfrutar de la grata presencia de su deseada morisca.

En cuanto a Lorent, tenía demasiado trabajo como para poder acudir a prestar alguna ayuda, ello a pesar de que los yegüeros del monasterio le echaban una mano para aposentar al numeroso grupo de caballerías y acarrear los equipajes y provisiones hacia los almacenes.

Bernard y Rimont procedieron, por indicación del monje enfermero, a desvestirse de sus armaduras para ser reconocidos a continuación. Ambos habían recibido un importante castigo y presentaban magulladuras por todas partes, aunque ninguna de sus lesiones parecía seria, lo peor era su estado moral. El abatimiento más sombrío oscurecía el ánimo de estos dos como el del resto de sus compañeros.

Entretanto, el paje palestino se aplicó en el encargo recibido de repar cuidadosamente los cabellos de Pierrot para despejar su herida antes de iniciar la sutura. Le habían proporcionado unas tijeras y un peine, una navaja, agua y jabón, y el muchacho empezó a cortarle el pelo poniendo todo su esmero. Fue entonces cuando ella entró en el barracón.

La misteriosa dama, envuelta en su remendado barragán pardo con cuya amplia capucha se cubría la cabeza, apareció en la estancia acompañada del Prior. Éste cuchicheó algo al oído del Abad que le hizo permanecer pensativo unos instantes, mientras contemplaba el dramático cuadro de los maltrechos guerreros, y por fin asintió con la cabeza.

Ese sí, significaba su autorización para que la mujer, saltándose las estrictas normas de la Orden, pudiese permanecer en el interior de la enfermería y colaborar en la asistencia de los cruzados.

Por supuesto, ni el Abad ni ninguno de los demás miembros de la comunidad cisterciense conocían la verdadera identidad de la mujer a la que acababan de aceptar como

ayudante, considerándola una simple sierva al servicio del aristócrata occitano, desde esa mañana presunto hereje. Al parecer había ofrecido sus conocimientos de sanadora para ayudar en la cura de los heridos.

Al Prior le había dado buena impresión la moza en cuestión, y parecido su oferta un detalle muy cristiano, tratándose de los crueles enemigos que devastaron su país, según se desprendía de la discusión del día anterior, a los que ahora iba a socorrer. Idéntica opinión tuvo de ella su superior cuando escuchó la propuesta.

La “sierva” se desprendió de su manto, dejando al descubierto sus viejos ropajes, una vetusta y deslucida sobrevesta negra y, bajo ella, su conocida túnica de lana, tan raída como el resto de su indumentaria, de un pálido color malva. Un grueso cinturón de cuero del que colgaban una profusión de saquitos confeccionados con las más diversas materias: cuero, lino, seda,... ceñía las dos prendas anteriores a su cuerpo. También se libró del pesado zurrón que llevaba en bandolera por debajo de su barragan, depositándolo en el suelo.

Había, sin embargo, tres cambios muy importantes en su atuendo con respecto al que mostraba en el campamento de Muret, que no le pasaron desapercibidos a Ibeloki cuando la examinó detenidamente al darse cuenta de su presencia. Llevaba su magnífica cabellera oculta bajo una toca de lienzo blanco, como empezara a usar en Zaragoza, había prescindido de los extraños colgantes que pendían de su cuello sustituyéndolos por un crucifijo, y en su cinturón faltaba un gran cuchillo con labrado y prieto mango de madera que portaba en aquella ocasión.

Casi a la vez que el paje, la reconoció Bernard y de inmediato temió que su hermanastro la hubiera enviado con misión de liquidarle mediante alguno de sus endiablados hechizos:

-¡Es la puta bruja que va con Gerard! ¡No la dejéis entrar!- pidió el hidalgo vehementemente a Adrien, que se hallaba a su lado.

-¿Qué decís?- interrogó desde la puerta el Abad, extrañado por la exclamación del franco.

-¡Callad, Bernard!- le ordenó de forma tajante el templario, que reaccionó de forma instantánea- ¡No hagáis caso padre, está delirando por los golpes!

Aquel dictamen de Adrien en voz alta, debía servir igualmente para que ningún otro de los presentes, Pierrot, Rimont o el joven palestino, metiesen la pata revelando a los monjes la religión que ellos sabían profesaba aquella mujer.

Qué idea ocupó en ese momento la cabeza del templario para aconsejarle actuar de esa guisa, era un misterio que mucho tiempo tardó en desvelarse. En realidad, Adrien detestaba lo que representaba la pagana tanto o más que el hidalgo occitano, o al menos eso es lo que entendían sus compañeros. Y por ello se preguntaban los allí concurrentes, por qué aquel cristiano fundamentalista la permitía en esos momentos obrar a sus anchas.

Concedor de los indudables conocimientos que sobre toda clase de remedios naturales poseían esas hechiceras, ¿trataba de dar una oportunidad de vivir a sus dos agónicos camaradas intuyendo cual era el destino de ambos con los medios de que allí se disponía para su cura? ¿O buscaba al menos que les proporcionara alguna droga que mitigase sus sufrimientos? Sin duda veía absurdo el que los herejes, tras haberles perdonado la vida hacía un rato, ahora enviasen a su bruja con ánimo de aniquilarles.

Mientras que el Abad continuaba platicando con el Prior y la “sierva” del hereje, a los que además se había sumado por indicación del primero el monje enfermero, Bernard, estupefacto por la permisiva actitud del templario, le interpelaba de nuevo, eso sí, en un tono más quedo por si pudiera estropear algún plan que hubiese elucubrado.

- ¿Sabéis lo que hacéis fray Adrien? ¿Vais a permitir que nos ponga las manos encima?

- ¡Tranquilo, Bernard! No nos puede ir aún peor de lo que nos ha ido. ¡Dejadla hacer! Puede ser una baza para salvar la vida de nuestros impenitentes colegas, o por lo menos paliar un tanto sus tormentos.

- Y, suponiendo que esa perra no los perjudique todavía más, ¿qué pasa con sus almas si mueren?, ¿merece la pena que vayan al infierno a cambio de una muerte agradable?- respondió el hidalgo occitano.

- ¡No seáis cándido!, ellos están inconscientes y por tanto no son responsables de las manipulaciones de la pagana. Creo que es prudente dejarle hacer.

- ¡Ellos tal vez no sean responsables, pero nosotros sí! ¿Cómo sabéis que no acelerará

sus muertes? Decís que no nos puede ir peor, ¿no se os pasa por la cabeza que ella haya tenido algo que ver con nuestra derrota?

- ¿A qué momento de nuestra derrota os referís concretamente? ¿Quizá cuando os rendíais ante un anciano al que le falta una pierna? No me ha parecido que hubiese mucha magia ahí, lo único que yo vi fue a un ¿guerrero? que no salía de detrás de su escudo ni para ver de donde venían los golpes. Son nuestros pecados y debilidades los que nos han vencido, ¡creedme! Su magia no alcanza nada contra el poder del Creador, nuestro Valedor. Sin embargo, sí concedo que sus conocimientos de pócimas misteriosas, sumadas por supuesto a nuestras oraciones, consigan aliviar los sufrimientos de nuestros heridos.

El argumento del templario, dejó sin posible respuesta a Bernard, tremendamente afectado por su vergonzoso descalabro. Agachó la cabeza abochornado, y sólo atinó a decir entre dientes:

- ¡A mí que no me toque!

Tratando de evitar cualquier tipo de pensamiento impuro a sus acólitos ante las voluptuosas turgencias de aquella curandera, en concreto sus abultados pechos, el Abad hizo salir de aquellas dos salas a todo el personal presente, incluyéndose él mismo y su inmediato subordinado, el Prior, y dejando allí únicamente al monje enfermero y al más hábil de sus ayudantes, un hermano converso.

Ambos tenían orden de colaborar en lo posible con la mujer, puesto que así les parecía conveniente a los dos jefes, y el cruzado que parecía haber quedado al frente de los vencidos, el monje templario, lo autorizaba.

Una vez quedaron despejadas las estancias de la gente innecesaria, la dama efectuó un rápido reconocimiento de los heridos sin demostrar el menor atisbo de aversión ante la vista de las espantosas lesiones. Daba la impresión de ser una física experta por la soltura con que se desenvolvía.

Analizada la situación en un santiamén, se dirigió al monje enfermero y a Adrien para expresarles en voz baja su opinión. Veía muy delicada la situación del que tenía tan profundo tajo en el hombro, con varios huesos cortados y el pulmón traspasado por la espada, su estado era crítico y lo único que pensaba hacer por él era limpiarle más a fondo la herida y luego coserla. Señaló que en el hipotético caso de que no muriese, la recuperación sería muy larga y en todo caso quedaría con graves secuelas.

También les informó sobre un hecho sin duda conocido ya por ellos: La amputación con un corte limpio que presentaba el otro herido, obligaba a preparar su brazo para lograr salvarle la vida. Era necesario volver a cortar la carne dando a la herida una forma abiselada y aserrar también los huesos a fin de acortarlos. Sólo así podría coser los músculos y la piel con que formar el muñón.

El enfermero la preguntó si se atrevía a llevar a cabo semejante operación, puesto que él no había tenido demasiado éxito cuando lo intentó con algún que otro empleado mutilado en las obras, respondiéndole ella que, sumando el conocimiento y la pericia de ambos, quizás pudieran conseguirlo.

En cuanto al del tajo en la cabeza, no le preocupaba gran cosa y lo dejaba para el final. El monje dijo que su ayudante podía ir cosiéndole, pero ella solicitó hacerlo en persona alegando que, aunque pudiera esperar, era una zona muy delicada. Recomendó que el converso fuera si acaso haciendo las curas a los otros tres guerreros allí presentes, uno de ellos el templario, es decir, los que presentaban contusiones leves.

Los tres “sanitarios”, la pagana, el enfermero y su ayudante, se pusieron manos a la obra y fue entonces cuando Adrien, tras rechazar cualquier cuidado para su persona, se dirigió a la hechicera para hacerle una severa advertencia. A pesar de no tener armas en ese preciso instante, pues el Abad había prohibido que los acogidos portasen incluso el más mínimo cuchillo, la amenazó con cortarle la cabeza con uno de los instrumentos quirúrgicos en el momento que observase alguna extraña manipulación sobre cualquiera de sus compañeros. La mujer pareció no inmutarse por aquellas duras palabras y le indicó que se dedicase a hacer la otra cosa que mejor se le daba después de cortar cabezas, rezar por los heridos.

Mientras el converso se afanaba en aplicar un ungüento en las magulladuras de Rimont y Bernard, e Ibeloki continuaba con su autorizada colaboración, afeitando el cráneo de Pierrot, la mujer y el monje empezaron a acondicionar la sala de los heridos graves y a preparar los instrumentos y materiales necesarios.

Pusieron agua a hervir en un caldero sobre el hogar existente en el centro de una de las salas, aprestaron lienzos blancos y limpios cortándolos en determinados tamaños y formas, alinearon los diversos instrumentos cortantes sobre uno de estos, tras haberlos sumergido previamente en el bullente líquido, algo novedoso para el enfermero, dispusieron ordenadamente algunos tarros con ungüentos o frascos con aceites y soluciones, algunos de ellos proporcionados por el monasterio y otros aportados por la propia curandera, encendió ésta finalmente algunas velas de colores y puso a arder incienso sobre una plancha.

Su forma de proceder no dejaba de sorprender al monje cisterciense, que se empezaba a preguntar si su heterodoxia no rayaba en paganismo y estarían ofendiendo al Señor con aquel desconocido ritual. Adrien no perdía detalle de aquellos preparativos.

Pierrot no vislumbraba demasiado de cuanto sucedía en la sala contigua, aunque hasta él llegaban atenuadas las diversas conversaciones, y podía inhalar los penetrantes olores del incienso y los medicamentos. Ahora se sentía un poco mejor y empezaba a aguijonearle la curiosidad por saber más de la misteriosa dama, sin embargo le había pasado prácticamente desapercibida la breve inspección que ella le dedicara al poco de llegar.

El hermano converso obligó, por exigencia tanto del enfermero como de la mujer, una vez hubo terminado de aplicarles los remedios, a abandonar la enfermería a Bernard y a Rimont.

Para entonces estaban ya listas todas las providencias para empezar a operar, y también Ibeloki había concluido con “Aristo” tras cortarles totalmente el pelo y lavar su herida con agua y jabón, como le habían indicado. Por ello todos los presentes, a excepción como es natural de Pierrot, se concentraron en el aposento de los heridos graves para iniciar las intervenciones, o en el caso de Adrien para mantener vigilada a la hechicera.

14.4

Ésta, arrodillada, aparentó rezar unos instantes antes de proceder. Comenzó por el más grave, Richart, situado ya sobre la mesa de curas. Le limpió de nuevo la hendidura utilizando compresas impregnadas con alcohol, el llamado “aqua vitae”, manipuló su interior con unos ganchos para intentar situarle los huesos desplazados en su sitio, y finalmente cosió, utilizando sus propios hilos y agujas de forma curva, las diferentes capas de tejidos que encontró.

El monje, el converso o el paje franco, la auxiliaban en cuanto necesitaba, acercándole el instrumental o substancias que iba requiriendo, o iluminándola con los candiles en determinados momentos en que la luz natural que entraba por los ventanucos de la cámara parecía insuficiente para un trabajo tan preciso.

El primero de aquellos, estaba cada vez más sorprendido por la extravagancia de sus técnicas, pues la “cirujana”, en lugar de cauterizar la herida con aceite hirviendo o hierro candente, como estaba indicado para sellar los vasos sanguíneos y detener la hemorragia, procedió, con paciencia infinita, a suturar los más importantes de estos mediante una estrechísima aguja y un hilo tan delgado que aparentaba de araña, algo que le parecía una absurda pérdida de tiempo.

Como ridículo se le antojaba que la mujer permaneciese embozada durante todo el proceso para evitar lanzar algún esputo sobre la herida, según explicaba, o se lavara las manos a fondo incontables veces, cuando una sola parecía del todo suficiente para purificarlas.

El sargento permanecía inconsciente, pero le mantenían atado y sujeto para evitar cualquier movimiento involuntario. Mas no contenta con eso, la mujer además había encargado a Ibeloki mantuviera presionado continuamente cierto lugar de su nuca, aclarando a los presentes que ello haría muy dificultoso su despertar.

Cuando acabó de remendar el enorme corte, le untó toda la costura con un ungüento que había preparado previamente en un mortero, siendo uno de sus ingredientes, aparte de diversas hierbas, su propia saliva. Ni que decir tiene que a lo largo de la intervención Richart siguió perdiendo sangre pero, tal vez por puro milagro, retuvo la suficiente como para no morir.

Terminaron aplicándole fuertes vendajes que mantuvieran bien unida toda la zona sin impedirle una cómoda respiración.

Pero con ello, la mujer no dio por concluida la faena, pues emprendió un extraño ritual. De rodillas frente al herido, ahora acomodado en su lecho, ejecutaba con las manos unos extraños pases sobre él, sin llegar a tocarle, al tiempo que repetía ininterrumpidamente una cadenciosa y monótona plegaria en lengua desconocida para los presentes.

El cisterciense comprendió definitivamente que aquel personaje procedía de un ámbito por completo ajeno al mundo cristiano y empezó a preocuparle su presencia. Miró al templario interrogante. “¿Debían seguir adelante con aquello?”, pareció preguntarle con su semblante.

Éste, tan inquieto como el enfermero, no sabía de qué modo proceder. El caso era que el sargento continuaba vivo tras la espeluznante operación, y a él le importaba mucho más la vida de Ferdinand, pese a las diferencias que mantenían, y no digamos la de su sobrino Pierrot. Se armó de valor y tomó la grave decisión de dejarla continuar. Hizo un gesto al monje para que se tranquilizara.

Cuando finalizó, la pagana, con síntomas de evidente fatiga, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda erguida, frente a la luz solar que irradiaba el encerado de uno de los vanos, y estuvo así inmóvil por un rato. Los demás, entendiendo que descansaba, la imitaron, acomodándose como cada uno apeteció, o saliendo fuera a tomar un poco de aire fresco, era evidente que debían reponer fuerzas con vistas a la siguiente operación.

Poco después, se encontraban manipulando el brazo de Ferdinand. Éste se mantenía en un estado de semiinconsciencia, un poco más despierto de lo que había estado Richart. Además de amarrarle a la mesa y encima sujetarle, le introdujeron un pedazo de madera entre los dientes previendo el terrible dolor que era necesario inflingirle. Tras aplicarle el torniquete a otra altura del antebrazo, la hechicera señaló a Ibeloki nuevos puntos que debía presionar con todas sus fuerzas al objeto de mantener el miembro del paciente como adormecido en la medida de lo posible. Luego limpió la superficie del corte con abundante alcohol.

La escena que vivieron a continuación los presentes, hizo mella, mucha o poca pero la hizo, hasta en el más pintado de ellos, no al parecer en aquella mujer de hierro que se limitaba a fruncir el ceño como única muestra de desagrado. El templario, acostumbrado a ver toda suerte de espantosas heridas en el campo de batalla, el monje y su ayudante también con indudable experiencia en la materia, tenían los tres el corazón encogido. ¡Qué decir del paje que aún no cumplía los trece años! En su corta pero intensa vida no había visto nada igual.

La hechicera cortó con un afiladísimo cuchillo la carne del antebrazo del Mariscal y luego aserró sus huesos, hasta dar a aquella la forma y a estos la longitud requeridas, y todo ello con la soltura de un carnicero y la precisión de un orfebre.

Una vez formada la cuña, procedió otra vez a la paciente sutura de tejidos y arterias hasta terminar de preparar el muñón. Después, con una brocha, le aplicó el mismo extraño ungüento que utilizara con el sargento. Cubrieron la lesión con el preceptivo vendaje, y acabó con idéntico o parecido ritual mágico. Se volvió a sentar un rato, dando la impresión de estar todavía más fatigada que la primera vez.

Los presentes, aparte de descompuestos, andaban deslumbrados ante la eficacia desplegada por la curandera, había hecho un trabajo perfecto y encima el herido, aunque confuso bastante despierto, apenas había mostrado síntomas de dolor gracias a la presión del paje en aquellas misteriosas zonas señaladas en el brazo.

También estaban un poco asustados, su acerba superstición les hacía considerar la inconcebible sabiduría de aquella hembra como más propia de un siervo de Satán que otra cosa. Al templario le asaltaban toda clase de angustiosas dudas sobre si era cristianamente correcto permitir todo aquello, porque desde luego las aptitudes y actitudes de la pagana sobrepasaban con creces lo que él tenía presumido. Pero seguía desechando la brutal idea de matarla in situ o al menos expulsarla de allí y ordenar su detención, entre otras razones porque aún faltaba Pierrot por curar.

Por fin se dirigió hacia éste. Ya no necesitaba tanta ayuda, de manera que recomendó al monje enfermero y al converso fueran recogiendo y limpiando el material que les pertenecía y

solamente demandó la presencia de Ibeloki. Por supuesto hubo de seguir soportando la fiscalización de Adrien a sus espaldas.

Tomó asiento la sanadora en una banqueta frente a “Aristo”, y éste vio satisfecho su anhelo de examinarla de cerca y poder ver de nuevo sus hermosos ojos.

El paje había realizado un buen trabajo con su cabellera, dejándole el cráneo totalmente afeitado con excepción de aquellas áreas que, por estar muy próximas a la herida, no se había atrevido a tocar. La hechicera terminó de hacerlo con la máxima delicadeza y luego, con unas pinzas, extrajo los cabellos que permanecían dentro del corte. Lavó la sangre que restaba con un paño enjuagado constantemente en un bol de agua hervida que de vez en cuando solicitaba le renovasen.

Pierrot la estudió fascinado. Sentía como sus manos le tocaban al manipular la herida con una suavidad desconocida hasta ese momento para él. Percibía la atención extraordinaria con que ella estudiaba el tajo para no dejarse ni un solo pelo o cuerpo extraño dentro. Notó el intenso escozor del alcohol que había empezado a aplicarle con todo el tiento posible, incluso soplando- en esta ocasión no se embozó- para aliviarle la molesta irritación. Hasta él llegó su aliento, una bocanada de aire cálido e intenso, en absoluto desagradable.

Y seguía mirando con atención la prolongada herida que cruzaba su cráneo, pero, de vez en cuando, bajaba sus ojos y le dedicaba una cariñosa mirada acompañada de la más encantadora de las sonrisas. En esos momentos, Pierrot notaba como su corazón pegaba un respingo.

¡Aquellos ojos enormes! Negros como la noche y que, sin embargo, desprendían una luminosidad indescriptible. Una mirada viva y penetrante emanaba de ellos, entrañable, sin ningún tipo de reserva, sin que se interpusiese ninguna barrera mental entre el emisor de aquella mirada y el objeto observado, una mirada que nunca antes alguien le había dedicado, ni su mejor amigo, ni sus tíos, ni sus primos, ¡nadie! ¿Quizás alguna vez sus fallecidos padres? No lo recordaba.

¡Sí!, era la misma mirada que le traspasó por un instante en el mercado de Zaragoza. Desde entonces, y para siempre, Pierrot nunca olvidaría aquella mirada. “¿Una bruja amiga de Satanás? Si el diablo existía y estaba en alguna parte, tenía que ser necesariamente en la cabeza y en las lenguas de aquellas personas que se atrevían a acusar a un ser capaz de contemplar a sus semejantes de esa manera”.

La observó detenidamente. Exceptuando sus ojos, no mostraba su rostro otros rasgos que pudieran calificarse de arrebatadores, que la hiciesen especialmente atractiva, aunque tampoco presentaba ninguna desproporción especial que resultase fea, más bien podía tildarse de corriente.

Le resultaba complicado calcular su edad, podría tener treinta, treinta y cinco, tal vez cuarenta, puede que más, desde luego no era ninguna niña, sus exuberantes cabellos azabaches, ahora escondidos bajo la toca, estaban muy adornados de plateadas hebras, eso lo sabía el joven por descripciones de los compañeros que la habían visto de cerca, con el atuendo que portaba en el Languedoc. Tampoco pasaban desapercibidas sus adorables arrugas.

En lo que concierne a su forma física, ésta era de lo más normal, su figura no resultaba nada estilizada, más bien al contrario, pero en absoluto llegaba a parecer obesa. Eso sí, a través de su túnica podían adivinarse unos notables senos.

La curandera, concluido ese último lavado de la herida, principió a enhebrar aquel hilo especial de extrema delgadez cuya factura constituía otro enigma para el enfermero, en una de las admirables agujas que utilizara con los otros heridos, previamente sumergida por Ibeloki en la marmita de agua hirviendo por indicación de aquella.

Pierrot se fijó ahora en sus manos. No parecían precisamente las de una princesa, sino las de una campesina acostumbrada a trabajar con ellas a la intemperie, aunque eso sí, para la ocasión se veían muy pulcras. Se preguntó como siendo tan rudas y ásperas podían tocar con tanta suavidad y delicadeza.

Con la aguja ya preparada, ella bajó una vez más su mirada hacia el rostro del joven y, por primera vez, le dirigió la palabra:

- Nos conocemos- dijo simplemente.

Pierrot se estremeció al oírla hablar. Hasta ahora sólo había escuchado sus murmullos

en el corrillo junto a la puerta cuando explicaba sus diagnósticos, o palabras sueltas que llegaban muy apagadas hasta él, durante las operaciones en la sala contigua. No se podía decir que fuera una hermosa y dulce voz femenina, antes bien, era más grave que aguda, ligeramente áspera, ¡pero tan extraordinariamente cálida! Te envolvía, salía de su boca con una vibración tan especial que recordaba el ronroneo de un gato, no el maullido, el ronroneo. Llegaba directamente al corazón. Y es allí donde “Aristo” empezó a sentir una emoción especial, un sentimiento que no había experimentado jamás, ¿o sí? Un maravilloso calor dentro del pecho.

Tardo en contestarla, y lo hizo sin saber a ciencia cierta si respondía a una pregunta o a una afirmación.

- ¡No!

Sólo eso se le ocurrió. Le pareció una vergüenza decir que sí, ya que hacía un par de meses que les venían siguiendo. Pero, a poco cayó en la cuenta de que la mujer ya debía estar al corriente de ello.

- ¿Cómo te llamas?- le interrogó la pagana.

- Me llamo Pierrot, ¿y tú?

- Yo Menta.

- ¿Menta? Eso es una hierba.

- Sí, tengo nombre de hierba.

Y lo dijo con tal naturalidad, al tiempo que acompañaba la respuesta con una radiante sonrisa, que el corazón de Pierrot volvió a dar otro vuelco, disparándose la velocidad de sus latidos.

La mujer se expresaba en lengua de Oc, dialecto que el joven entendía perfectamente, pero pronunciado con un fuerte acento extranjero. Dedujo que quizás fuese castellana, él había oído hablar en su propio idioma a hombres de esa tierra y sonaba parecido.

Tras una breve pausa, ella continuó:

- Mira Pierrot, esto te va a doler... pero no mucho. No será algo que un valiente como tú no pueda soportar.

- ¿Yo valiente? Nada de eso.

- Me consta que lo eres, y ahora me lo vas a demostrar... Ya verás- y dicho esto, comenzó a coser.

Ibeloki, situado a la derecha de la curandera, se extrañó de que ésta no le indicara algún lugar donde presionar para mitigar el dolor del caballero. “¿Tal vez no lo hay o quizá estima que el padecimiento va a ser escaso?”.

Pierrot notó el doloroso pinchazo de la aguja al penetrar en su piel, pero se sentía tan protegido, tan cariñosamente tratado, que se entregó a aquel sufrimiento pareciéndole de los menos molestos de su vida. Así que no se quejó y para nada se movió, en todo el tiempo que duró la sutura.

Menta, entre puntada y puntada, seguía dedicándole el mismo tipo de atentas miradas y afectuosas sonrisas. Cuando por fin terminó, le volvió a hablar:

- ¿Lo ves?, sabía que eres un valiente.

Luego, la hechicera pidió al paje le pasara el pequeño almirez que utilizaba para las mezclas y su mazo. Vertió dentro unos puñaditos de varias hierbas procedentes de los saquitos que portaba y comenzó a machacarlas. Varias veces le pidió a Pierrot que escupiera dentro de manera que su saliva se fuera mezclando con el jugo de las hierbas, y finalmente escupió ella misma. Por fin, pidió la brocha y, mojando ésta en el mortero, extendió aquel mejunje por toda la superficie de la herida.

Cuando acabó, solicitó otro pedazo del lienzo proporcionado por los monjes, y con él envolvió la cabeza del joven a modo de vendaje.

Terminó salmodiando sus extrañas plegarias al tiempo que situaba sus dos manos abiertas sobre la cabeza del joven, muy cerca pero sin llegar a tocarle.

Pierrot confiaba en que aquella excentricidad no le ocasionase ningún daño viniendo de quien venía, una de las personas de apariencia más amable con que se había cruzado en la vida.

Ella apoyó sus manos encima de los hombros del joven a modo de despedida, dedicándole una última sonrisa, y se apartó de él.

Se fue a reunir con los que la habían ayudado, el monje enfermero, el hermano converso y el paje de los francos, y les dio unas brevísimas instrucciones sobre el cuidado de los tres heridos, también satisfizo ligeramente la curiosidad del cisterciense sobre alguno de los aspectos técnicos observados.

Recogió todos sus enseres con el auxilio de Ibeloki, y, finalmente, se despidió de los presentes dándoles las gracias por su colaboración. El adiós más entrañable fue para el paje, al que frotó delicadamente la cabeza con su mano. Y no olvidó agradecer al templario el que le hubiera permitido trabajar hasta el final a pesar de su falta de confianza.

Se iba de la enfermería con evidentes síntomas de fatiga, pero en esta ocasión ya no se detuvo a descansar.

Desapareció por la puerta camino de la hospedería dejando a todos los presentes vivamente impresionados, y muy especialmente a Pierrot. Éste se preguntaba qué motivos podía tener aquella dama para ofrecer ese desprendido afecto a un extraño al que no conocía de nada, siendo la única referencia que poseía sobre él, el que formaba parte de un grupo de guerreros que la perseguía para, en última instancia, llevarla a la hoguera sin contemplaciones. ¿Qué había en la mente de esa mujer para que le apreciara de ese modo sin conocerle?

La dulzura con que se había entregado a la labor de sanarle, solo podía compararla con el trato que hacía muchísimos años recibiera de su difunta madre, aunque apenas se acordaba de ello. Pero, considerándolo en profundidad, el amor de una madre tenía algo de interesado si se miraba desde el aspecto de que ésta piensa en su hijo como una parte de sí misma, y por ello le puede ofrecer ese cariño tan sincero, tan especial.

Descartada la remota posibilidad de un flechazo, de un enamoramiento a primera vista, entre otras cosas porque el tipo de sentimientos que se desprendían de su actitud no parecían corresponderse con un interés sexual. Descartado también un amor de tipo cristiano, puesto que obviamente ella no era cristiana, amén de que hasta el momento él no se había encontrado con nadie que, profesando su propia religión, fuera capaz de desprender ternura semejante por devoto que fuera, aunque no dudaba de que existieran católicos así en alguna parte. ¿Cuál era entonces la misteriosa fuente de aquellos sentimientos?

14.5

A pesar del cansancio y el malestar, físico y psíquico, causados por la derrota, muy pocos de los cruzados francos durmieron aquella noche. Marie, Adrien y Rimont permanecieron velando en la inconclusa y fría Abadía el cadáver de Jacques, acompañando al desolado Paul, que no se había separado de su difunto amigo ni para tomar un bocado. Estuvieron allí presentes en varias ocasiones, Bernard y Lorent. También el padre Johannes se dejó ver por el templo en alguna ocasión. Incluso el herido Pierrot se acercó desde la enfermería para acompañar un momento a su primo y orar con sus compañeros, siendo recibido por estos con gran alborozo.

No aparecieron sin embargo por la iglesia, ni Ibeloki ni Soraya. El primero debía acompañar a los dos heridos graves todo el tiempo y a la esclava se le había vedado aparecer por el presbiterio debido a su doble condición de fémica y sarracena.

Ésta fue alojada en una parte de la hospedería destinada a los viajeros pobres y vagabundos, y dentro de ella, en el lugar reservado a las hembras. No se consideró que su presencia en una zona relativamente próxima a la que ocupaba el grupo de herejes pudiera ser conflictiva para la paz del monasterio. Al resto de los cruzados que no ocupaban la enfermería, se les asignó como dormitorio provisional la sala llamada “caldearium”, una dependencia situada en el claustro junto a la cocina, y ello representaba un privilegio nada corriente.

En cuanto al capellán, consiguió igualmente, tras hablar con el Prior, albergarse en la hospedería, en las dependencias de los clérigos. El ligero pesar que tal vez sintiera ante el sufrimiento de sus compañeros, no era el suficiente como para apartarle de sus deseos más vehementes, yacer con la esclava a ser posible aquella misma noche. Era la ideal para ese menester, dada la intimidad de que podían gozar. Efectivamente, la joven estaba totalmente sola en la estancia que le asignaran.

Aquella vez no fue la primera... ni sería la última. El padre Johannes copuló apasionadamente con Soraya, sin el menor remordimiento, sin acordarse para nada del dolor de

los suyos. “¿Por qué le iba a importunar ello? Tenían merecido lo que les había pasado, la mayoría eran unos pecadores indecentes, hasta los que aparentaban no serlo dándose golpes de pecho, a fin de cuentas todos unos impuros matarifes. Los unos, y los otros también, no habían dejado de mortificarle, o al menos importunarle, desde que salieron de Almir. No, antes aún, desde que se hizo cargo de la capellanía de los Flambó. Puesto que él estaba arrebatadamente enamorado de la morisca, el pecado que pudiera estar cometiendo no podía ser comparable al de los que solamente pretendían saciar sus apetitos lascivos”.

Pero los hechos eran incuestionables, él cabalgaba con desenfreno sobre la esclava y su amor no dejaba de tener una base fundamentalmente carnal. A los ojos de un espectador imparcial que nada supiera de sus íntimos pensamientos, estaba realizando el mismo pecaminoso y sucio acto por el que maldijo, deseó la muerte y condenó al infierno a algunos de sus compañeros.

Ocupado como andaba, sobra decir que el clérigo no asistió al servicio nocturno de Maitines, celebrado por la comunidad monástica pasada la medianoche.

Aunque en ningún momento les faltó a los francos la compañía de algún monje, fue máxima la afluencia de éstos durante la celebración de la vigilia nocturna, siempre teniendo en cuenta que el grueso de los cenobitas residía aún en el viejo santuario situado al otro lado del río.

La comitiva salió de la iglesia aquella triste mañana de domingo, tras concluir el oficio de Tercia, durante el cual se había rezado el Requiem. En cabeza marchaban las autoridades del cenobio y los monjes, transportando uno de ellos la cruz, detrás iba la caja de pino que Adrien, por expreso deseo de Paul, había encargado a los carpinteros el día anterior, con el cadáver de Jacques en su interior, y que transportaban Paul, Marie, y cuatro conversos de parecida estatura. A continuación desfilaban el resto de cruzados, excepto los dos malheridos, y con ellos algunas plañideras contratadas entre el personal seglar del monasterio. Cerrando el cortejo, los hermanos conversos y buen número de colonos y siervos.

El cielo cubierto, una temperatura tan fría como la del día anterior y el pausado repique de campanas tocando a muerto, realzaban el fúnebre carácter de la procesión. Ésta efectuó un breve recorrido, hasta alcanzar el cementerio de seglares dentro del propio cenobio. La sepultura, ya abierta, aguardaba la inhumación del malogrado escudero, que sería enterrado sin armas o prendas que denotasen su condición militar, como se dijo, única exigencia impuesta por el Abad para darle entierro en lugar sagrado, tras la grave trasgresión llevada a cabo por los francos la jornada precedente, burlar la “Paz” y la “Tregua” de Dios.

El aspecto de estos resultaba patético. Todos ellos vestían indumentarias negras, los que no disponían de alguna ropa de ese color, la llevaba prestada. Los cabellos y barbas, los que las tuviesen, enmarañados en señal de habérselos mesado, y el rostro tiznado con hollín, símbolos habituales de duelo. Paul, Marie y Rimont, sobre todo el primero, presentaban además profundas huellas de llanto.

También quiso Pierrot estar presente en el sepelio, a pesar de que su estado físico era deplorable, estaba muy débil, mareado y soportando unos terribles dolores en su profunda herida. La única satisfacción que aliviaba su decaído ánimo, como les pasaba a sus compañeros, era saber que tanto Ferdinand como Richart habían sobrevivido a su primera noche, lo cual, sobre todo en el segundo caso, no dejaba de resultar milagroso.

El Abad pronunció un breve y último responso, y cuatro siervos introdujeron el ataúd en la fosa utilizando las indispensables sogas.

El gélido aire condensaba inmediatamente el vapor a la salida de bocas y narices. En medio del silencio omnipresente que se produjo cuando las plañideras, a petición de Paul, cesaron de emitir sus lamentos y gimoteos, destacaron los jadeos de los criados al hacer descender el féretro, el roce de éste contra las paredes de la fosa y el de las sogas al deslizarse... y el sordo impacto final al chocar aquel suavemente contra el fondo. Rumores amplificadas por la quietud y densidad de la helada atmósfera, y la gravedad del momento, que resonaban en el patio del monasterio y en el alma de algunos.

Al tiempo, pudieron ver los asistentes al entierro como el clan de los herejes desfilaba

hacia una de las puertas de salida. Iban los once de momento a pie, llevando de las riendas a sus caballos y mulas cargados con equipajes y provisiones. El ruido de sus pisadas resonando en el duro suelo, añadido a los otros murmullos propios del sepelio, aportaba un aire todavía más épico al romántico cuadro.

Según caminaban, miraban con tristeza, sin el menor atisbo de arrogancia, a los vencidos. Al pasar en su recorrido por el punto más próximo al camposanto, se detuvieron e hicieron frente al lugar de la inhumación. Cuatro de sus componentes se destacaron hacia allí. Eran las mujeres del grupo. En sus enguantadas manos portaban cuatro pequeños ramilletes de plantas aromáticas.

Nadie del cortejo fúnebre puso pegas a su aproximación. Cuando Pierrot cayó en la cuenta de quien se acercaba, pudo notar como su corazón se aceleraba.

La gran dama, su criada, la religiosa cátera y la pagana llegaron hasta la misma fosa y, en un bello gesto, cogieron un puñado de tierra cada una, lo besaron y arrojaron sobre el féretro. Después depositaron sus ramilletes a los pies de la sepultura.

La “perfecta” se arrodilló a rezar, y otro tanto hizo el aya de la Condesa. La hechicera, precedida por Geneviève, se acercó a Paul y le abrazó como si de un hijo se tratara, provocando cierta turbación entre el público, mayoritariamente clerical. El joven, bastante trastornado por el dolor, no mostró ningún rechazo hacia el osado gesto, volviendo únicamente a prorrumpir en callado llanto mientras correspondía con idéntico abrazo a la mujer. Ésta le dijo algo al oído antes de separarse, algo que Paul pareció agradecer sinceramente.

Después se le arrimó la Condesa, dedicándole algunas cariñosas palabras de condolencia y solicitando el perdón para su sobrino. Aunque ella no llevó a cabo la audacia de abrazarle, sí que sujetó sus manos entre las suyas.

Aquel mensaje privado, lo volvió a repetir Geneviève en alta voz para hacerlo extensible a los otros cruzados: En nombre de su marido, el Conde de Almir, pedía disculpas a aquellos francos por todo el dolor que hubieran podido causarles. Mientras, a lo lejos, se podía observar a los guerreros herejes arrodillarse en señal de aflicción y respeto.

No sólo los cruzados estaban asombrados por tales muestras de consideración, también el resto de los espectadores. Pero la lucha a muerte estaba demasiado reciente como para poder olvidar, si Paul había aceptado aquel abrazo y las efusivas muestras de apoyo, era porque se hallaba absolutamente hundido en la negrura de la desolación. Si Adrien se contuvo de arrojar a empujones fuera de aquel lugar sagrado a esas cuatro renegadas blasfemas, fue por no montar un nuevo escándalo en el monasterio y como última demostración de gratitud hacia la curandera.

Mas las miradas con que los francos obsequiaron a las enviadas, y sobre todo al grupo de caballeros que aguardaban en la distancia, fueron feroces, repletas de resentimiento y odio. Y a la cabeza de ellos, los que más habían sufrido la humillación y la vergüenza, Marie y Bernard...

Sin embargo hubo dos excepciones. Una la de Ibeloki, llegado poco antes para dar un último adiós al difunto compañero, y que ajeno a cualquier sentimiento de aversión por ser desconocido para él, se había convertido en rotundo admirador de la sabiduría desplegada por la hechicera.

“Aristo” representaba la otra. Cuando vio a la misteriosa dama, a la maravillosa cirujana que el día anterior se volcara en los heridos, él entre ellos, trabajando en la enfermería durante horas hasta su propia extenuación, y que ahora mostraba aquella postrera y admirable expresión de afecto hacía la pareja del fallecido, le produjo una emoción tan intensa, que inevitablemente las lágrimas acudieron a sus ojos para desbordarse de inmediato por sus mejillas.

Desde que la viera aproximándose al camposanto, el joven estuvo todo el tiempo suplicando mentalmente que le dedicara alguna mirada, pero Menta parecía sólo tener ojos para su primo, y ello le hacía sentirse mal. Se irían y no volvería a verla.

La Condesa se entretuvo un momento para despedirse del Abad y darle las gracias por todo, mas éste la trató muy fríamente. Consintió en que le besase la mano, pero no le dio su bendición.

Durante esos últimos breves segundos, Pierrot no quitó su vista de encima de la pagana y pudo notar, con creciente excitación, que sus hermosos ojos negros barrían toda la escena

como buscando entre el público asistente a una concreta persona. Y, efectivamente, ese alguien era él mismo, puesto que cuando sus ojos coincidieron con los suyos, allí se detuvieron y ya no exploraron más.

Únicamente un instante duró el cruce de miradas, pero para el joven supuso tal impacto, que fue como si le imprimiesen un sello indeleble en el corazón. Pierrot quedó profundamente prendado de aquella dama.

Ciertamente ignoraba el interés que pudiera tener la hechicera en localizarle entre la gente allí reunida, desconocía el preciso significado de aquel estupendo encuentro visual, complicado saber si para ella representaría un sentimiento de intensidad parecida. Pero, en cuanto a él respecta, creía tener bastante claro, sin entender cómo ni por qué, que se había de algún modo enamorado.

Las mujeres se retiraron hacia el lugar donde aguardaban sus compañeros. Montaron todos en sus caballos o mulas. Ellas, menos la pagana que parecía no necesitarlo, ayudadas por los caballeros. También el Conde, al que se le advertía bastante afectado por el mazazo recibido, necesitó asistencia para subir a su silla.

Después enfilaron la puerta del monasterio desapareciendo de la vista de los presentes. Pero antes, unos pocos de estos, conocedores del contenido de los bagajes que portaban los viajeros, pudieron reparar en la presencia de las sacas del tesoro y en la del venerable cofre cuyo supuesto contenido era una de las más importantes Reliquias dejadas por el Salvador del Mundo. Los cruzados se hicieron cargo, con rabia e impotencia, de que aquellos malditos herejes se quedaban definitivamente con ellos.

La ceremonia continuó. Los francos arrojaron, como antes hicieran las mujeres, un puñado de tierra en el interior de la fosa, y a continuación los cuatro siervos procedieron a rellenarla con las paladas necesarias hasta cubrirla. Terminaron hincando el crucifijo de rigor y amontonando unas piedras provisionales a la espera de que se proporcionase a la sepultura una losa adecuada.

En un pequeño hoyo junto a la tumba de Jacques, se enterró la mano que perteneciera a Ferdinand junto con los despojos producto de la operación, todo convenientemente envuelto en un lienzo.

El Abad bendijo por última vez la sepultura y se alejó seguido por su curia. Clérigos y seglares fueron abandonando el lugar rumbo a sus moradas y diferentes quehaceres, en espera del inicio de la Misa Mayor. No tardó el monasterio en bullir de la tranquila actividad propia de un día festivo.

En el cementerio, en completo silencio, solamente restaron los francos, abrumados por la pena, avergonzados por su fracaso, desmoronado su orgullo y partido el corazón. ¿Quién de ellos no vertió alguna lágrima? Ni siquiera Soraya, que en nada le iba aquello, pudo evitarlo. Tampoco el infame capellán, ya satisfechos sus ardientes deseos, dejó de sentir lástima por la suerte de aquellos infortunados jóvenes, a pesar de seguir pensando que lo habían merecido.

Poco a poco se fueron marchando. Ibeloki se dirigió hacia la enfermería para seguir al cuidado de los heridos, llevándose con él a Pierrot, pues la lesión del joven caballero precisaba de las máximas atenciones. El padre Johannes se fue a “meditar” seguido de la esclava, tomando la dirección de la huerta. Lorent se encaminó tras Bernard rumbo al caldearium al objeto de ayudarle a trasladar su equipaje a la hospedería, lugar donde los cruzados sanos deberían aposentarse desde ahora, aunque el palafrenero sin embargo, seguiría alojado en un habitáculo de las cuadras. Adrien se fue en busca de algún cantero al que encargar una lápida para el infortunado Jacques. Marie y Rimont aguantaron un poco más al lado de Paul.

Finalmente, le convencieron para que se apartase de aquel triste lugar y le acompañaron a dar un paseo. Les habían informado del bellissimo paisaje que podía contemplarse desde la ribera del Piedra, y consiguieron que un hermano converso los guiase hacia aquellos parajes sublimes. Pese a escuchar la llamada a misa, consideraron más adecuado en ese momento para sus atribulados espíritus la contemplación de la Obra de Dios.

La majestuosidad del panorama que se desplegaba ante ellos, las impetuosas cascadas, los insondables abismos, la exuberante vegetación, a pesar de dejarles embelesados, parecía no

ser suficiente como para apartarles de tanta amargura. Paul estaba hundido y todos los esfuerzos por consolarle resultaban vanos.

Marie se resistía a sumergirse en el mismo lóbrego pozo que su hermano, pero notaba que el tenebroso sumidero del desaliento, como si fuera contagioso, tiraba de ella amenazando con engullirla. Tenía que actuar, luchar contra la melancolía del modo que fuese. Rogó a su amigo “Manosrápidas” que no se apartase de su hermano, pues temía que, a la vista de tanto precipicio, cometiera una locura, nunca le había visto tan desesperado. Después, muy alterada, sin dar ninguna explicación de adonde iba, salió corriendo de allí.

Se dirigió a las cuadras encontrando en ellas a su palafrenero, ya de vuelta de la hospedería, y le encargó que ensillase su corcel. Lorent le preguntó el motivo y la muchacha le gritó enfurecida que obedeciese la orden sin hacer preguntas y sin informar a nadie de ello, o lo lamentaría de por vida. El joven siervo, que no recordaba verla jamás tan fuera de sí, pensó que era mejor seguirle la corriente.

La joven, acto seguido, se apresuró hacia el almacén en el que se habían guardado los equipos, y tras intimidar al encargado, cogió varias prendas de la armadura y armas, y regresó al instante a las caballerizas. Terminó allí de quitarse su atuendo de luto y de vestirse su gambax, la loriga y las brafoneras, prescindió del sucio y deteriorado sobreveste, se ciñó la mellada espada y calzó las espuelas, envolviéndose finalmente en su capote. Cuando concluyó, “Grelot” estaba listo para ser montado.

Lorent reunió el valor suficiente como para tornar a preguntarle hacia donde se dirigía, y “Bicho”, más calmada, le respondió que simplemente iba a cabalgar un rato, y nadie debía preocuparse por su ausencia. Dicho esto, agarró las riendas de su destretero y, de modo subrepticio, se dirigió con él hacia una de las salidas del cenobio.

Una vez fuera, montó y espoleó a su inquieto bravantés de capa castaña que arrancó al galope con la fuerza de un toro.

No podía permitirse haber fracasado y seguir viva, el honor de su clan y la memoria de sus muertos, pero sobre todo la Gloria de Dios, le exigían hacer algo más.

Los toques de campana señalaron la hora nona de aquel domingo víspera de San Martín, en el año del Señor de 1213.

* * * * *